LOS
AVENTUREROS

DRAMA EN CUATRO ACTOS
ARREGLADO A NUESTRO TEATRO

POR

GUSTAVO BAZ

Representado por primera vez
con general aplauso en el Teatro Principal
la noche del 15 de Mayo de 1874.

MEXICO
IMPRENTA DEL COMERCIO, DE N. CHAVEZ,
Calle de Cordobanes número 8.

1874.

Esta obra no puede representarse sin permiso del Sr. G. Baz.

A MI QUERIDO AMIGO

JOSE VALERO Y RUIZ

Como un testimonio de la buena amistad que nos une y de admiracion que profeso al génio dramático de su padre.

GUSTAVO BAZ.

Mayo de 1874.

Este drama escrito, por Mr. Feliciano Mallefille, lleva por título en el original *Les Mères Repentics* y ha sido arreglado á nuestro teatro aprovechando el argumento, las situaciones y los caracteres, cuya pintura se ha seguido fielmente y sin suprimir ninguna de sus situaciones. Pero comprendiendo la diferencia que existe entre el público francés y el nuestro se han suprimido aquellas escenas que no eran indispensables para el desarrollo de la trama y algunos personajes meramente episódicos, procurando con esto alijerar la obra hasta dondo ser posible.

En cuanto al diálogo, es enteramente nuevo, pues si bien sigue los pensamientos del original, su forma varía á cada paso

Tócale al que arregló esta obra dar un testimonio de su gratitud á los artistas que la ejecutaron por primera vez, especialmente á las Sritas. Servin, Mendez y Salgado y al Sr. Gabutti. Siguiendo sus consejos, estudiando con empeño sus papeles le dieron un triunfo del que eran ellos los autores, y mal haria en no expresarles al frente esta obra su profundo reconocimiento y su gratitud sin límites.

PERSONAJES.

JUANA LAMBERT, condesa de Rovenkine.....	*Srita. Concepcion Mendez.*
CECILIA ROVENKINE.....	*Srita. Luisa Salgado.*
ROSA MARQUES..,.....	*Srita. María de Jesus Servin.*
PLATON, conde de Rovenkine	*Sr. Miguel R. Gabutti.*
ERNESTO DE PLOUGUSTEL..	*Sr. Francisco Solórzano.*
ARTURO MARQUES.....	*Sr. Manuel Estrada.*
EL BARON SMOLOFF.....	*Sr. Antonio Vega.*
UN LACAYO.....	*Sr. Federico Alonso.*

LA ESCENA PASA EN PARIS.

EPOCA ACTUAL.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un elegante retrete. En el fondo un pequeño gabinete en cuyo centro se halla un piano: á los lados dos puertas y á la izquierda, un poco más arriba, una puerta pequeña: del mismo lado se encontrará un canapé, á la derecha un velador, sobre el cual estará un pequeño cofre.... muebles de lujo.

ESCENA I.

Cecilia y Juana.

Cecilia está sentada frente al piano; al levantarse el telon aparece tocando las últimas notas de la sonata patética de Beethoven, que la orquesta ha tocado ántes. Juana está sentada en el sofá contemplando á Cecilia con atencion y ternura.

JUANA.—Continúa.

CECILIA. —Ya he acabado.

JUANA.—¡Tan pronto!

CECILIA.— ¿Te agrada esta pieza?

JUANA.—Cuando la ejecutas, mucho.

CECILIA.—¡Ah! ¡no! sino que es la sonata patética de Beethoven.

JUANA.—¡Hola!.....

CECILIA.—Beethoven el maestro de los maestros; su sonata es la obra maestra de las obras maestras. Quisiera ejecutarla como la siento; pero ya se ve, no soy mas de una pobre principianta.

JUANA.—Una principiante que prefiero á todos los maestros del mundo.

CECILIA.—Si no fueras mi madre y no te quisiera tanto diria.....

JUANA.—¿Qué, hija mia?

CECILIA.—Que has perdido un poco el juicio.

JUANA.—Y tienes razon. Tú me enloqueces como á los reyes su poder, á los guerreros sus victorias y á los artistas sus obras. ¡Si vieras la satisfaccion que me causa el verte brillar en el teatro, en los paseos y en los bailes! El gozo que experimento al poder decir á todos: ¡ved, esa es mi hija! ¿No es verdad que tengo razon de enorgullecerme con su cariño?

CECILIA.—Por más grande é inmenso que sea el tuyo, jamás igualará al que te profeso. Tus caricias compensarán mis aflicciones pasadas.....

JUANA.—¡Cómo! ¿acaso te trataban mal en el convento?

CECILIA.—Al contrario, todos me querian mucho y siempre era yo la preferida; mis compañeras me llamaban «la favorita.»

JUANA.—¡Por envidia!

CECILIA.—Y tenian razon. Los primeros premios eran para mí, aunque ellas los mereciesen; y María, mi querida María, cuando veia las injusticias que se cometian con ella en concederme las recompensas á que era acreedora, en vez de quejarse, aplaudia y se alegraba de la preferencia de que yo era objeto.

JUANA.—¿Qué María es esa?

CECILIA.—María de Plougastel, cuyo talento y aplicacion eran extraordinarios.

JUANA.—Pero si no merecias esas distinciones, ¿cómo es que las obtenias?

CECILIA.—Por tí.

JUANA.—¿Por mí?

CECILIA.—Sí, porque tus limosnas tenian deslumbradas á las religiosas, y á mis compañeras. Te citaban como un modelo de madres y querian de ese modo estimular á los padres de las otras educandas á que siguiesen tu ejemplo.

JUANA.—¿Y áun así te atreves á hablar de aflicciones pasadas; cuáles eran ellas?

CECILIA.—Tu ausencia. A los ocho años me pusiste en el convento, y durante los otros ocho que permanecí en él, sólo tres veces viniste á verme y eso que te quedabas muy poco tiempo á mi lado.

JUANA.—Tu separacion me fué muy dolorosa, mas tu educacion no hubiera sido tan perfecta á mi lado.

CECILIA.—¿Acaso no eres rica, no hubieras podido buscarme buenos maestros? ¿Con el dinero, no se consigue cuanto se quiere?

JUANA.—No, hija. Hay cosas que el dinero no nos puede dar. Además, queria que fueses como yo en costumbres y pensamientos; por eso te dejé en mi país natal.

CECILIA.—Y entónces, ¿por qué no te quedaste conmigo? ¿Por qué no venias con más frecuencia á verme?

JUANA.—Mi deber y mis intereses me detenian en Rusia. Yo no tenia la libertad de obrar segun mis sentimientos. Y siempre que podia robar algunos instantes á mis obligaciones, los consagraba á tí, querida Cecilia.

CECILIA.—¿Eras acaso desgraciada?

JUANA.—¡Ah, no! ¿Por qué habia yo de ser desgraciada?

CECILIA.—¿Y mi padre?

JUANA.—¿Tu padre?.....

CECILIA.—¿Nos quiere?

JUANA.—¡Tienes unas preguntas! ¿Hay acaso padre que no quiera á su hija?

CECILIA.—¡Como nunca ha contestado á mis cartas!

JUANA.—¿No te he dicho que tiene lastimada una mano? Más me ha encargado que te dé su retrato, míralo. (*Le dá un medallon.*)

CECILIA.—¡Ah! ¡Padre mio! (*Le besa.*) Y ¿por qué tiene un aire tan triste y melancólico? Y ¿por qué no viene? yo le consolaré....

JUANA.—Los súbditos rusos no pueden viajar sin el permiso del Czar.

CECILIA.—¡Hermoso país donde no se permite que un padre vaya á ver á su hija. Llévame á verlo, quiero vivir al lado de mi padre, quiero conocerlo.

JUANA.—¡Llevarte! ..... eso nunca.

CECILIA.—¿Prohibe tambien el Czar que los hijos vayan á ver á sus padres?

JUANA.—No; pero los médicos opinan que el clima de aquellos países te haría mal; además, no tardará el dia en que le veas.

CECILIA.—Pero ¿cuándo?

JUANA.—Cuando te cases.

CECILIA.—¡Casarme! Aun debe faltar mucho tiempo para eso.....

JUANA.—¿No amas á nadie, hija mia?

CECILIA.—¿Yo?

JUANA.—¿A nadie has consagrado tu corazon?

CECILIA.—Bien; amo á un jóven hermoso, valiente.

JUANA.—¡Su nombre!

CECILIA.—Ernesto de Plougastel, el hermano de la amiga de que te hablé hace un momento. Le conocí en el convento y le he visto en la casa de la marquesa de Sauveterre.

JUANA.—Y él, ¿te ama?

CECILIA.—Aun no lo sé.

JUANA.—Y ¿sabe él que tú le quieres?

CECILIA.—Nunca me lo ha preguntado.

ESCENA II.

Dichos y el lacayo.

LACÁYO.—El señor baron Smoloff pide permiso para presentar á la señora condesa sus respetos.

JUANA.—Hacedle entrar (*A Cecilia*). Retírate, hija mia.

CECILIA.—No te dilates, que tenemos que hablar.

ESCENA III.

Juana y Smoloff.

SMOLOFF.—Espero, señora condesa, que tendreis la amabilidad de dispensar mi visita, algo matinal por cierto; pero no he querido ser el último en ofreceros mis ser-

vicios. Y el príncipe Borís, ¿se conserva bien?

JUANA.—Perfectamente. Me encargó que os presentara sus recuerdos,

SMOLOFF.—Gracias á él y á vos por tanta fineza.

JUANA.—Dejemos los cumplimientos aparte. ¿Habeis recibido una carta del príncipe Borís en que os prevenia mi llegada?

SMOLOFF.—En efecto. Apénas recibí la carta de su excelencia, previne á todos mis compatriotas.

JUANA. —Y ¿creis que pueda temer algnna calumnia respecto de mi persona?

SMOLOFF.—Respecto á vos, solo se podrian decir falsedades, que quedarian destruidas al punto.

JUANA.—Toda acusacion hiere, señor baron, y ya sabeis que yo no carezco de enemigos.

SMOLOFF. —Envidiosos nada mas.

JUANA.—Sea ó no la envidia el móvil que les guíe, no debo estar desprevenida, porque hay en mi existencia hechos susceptibles de recibir una interpretacion desfavorable.

SMOLOFF.—Como todas las existencias, señora condesa. En cuanto á mis compatriotas, sabeis bien que la posicion del príncipe

de Borís y la confianza que le dispensa el Czar hacen que sea querido y temido. Nada, pues, podeis temer de ellos. Vuestros criados son los únicos, que podian.....

JUANA.—Al llegar á Berlin les despedí. En cuanto á los criados franceses nada saben de mí, con excepcion de mi título y mi nombre.

SMOLOFF.—Perfectamente; habeis obrado con una prudencia admirable.

JUANA.—Cuando se trata del porvenir de mi hija, es indispensable.....

SMOLOFF.—¡Oh! ¡sí! ¡de vuestra hija! que entre paréntesis sea dicho, es una señorita perfectamente educada y tan amable como vos.

JUANA.—¿La conoceis acaso?

SMOLOFF.—Tuve el gusto de tratarla en casa de la marquesa de Sauveterre.

JUANA.—Pariente, si no me engaño del conde de Plougastel.

SMOLOFF.—Tia del conde actual.

JUANA.—¿Y conocisteis al padre?

SMOLOFF.—Mucho. Era un hombre de finísimos modales y de un ilustre nacimiento. Un verdadero caballero de la edad media y

que se cuidaba mas de su honor que de su fortuna. Murió casi arruinado. no dejando á su hijo mas que su nombre ilustre.

JUANA.—Y el hijo ¿qué tal sostiene ese noble y gran legado?

SMOLOFF.—Con honra y dignidad, á pesar de su pobreza.

JUANA.—Gracias, señor baron, por vuestros informes.

SMOLFF.—Mi único deseo es serviros.

JUANA.—Quisiera recompensar en algo el interés que os tomais por mí.

SMOLOFF.—Si es así, permitid me tome la libertad de solicitar un favor.

JUANA.—¿Cuál?

SMOLOFF.—Que os digneis recibir en vuestra casa á una persona.

JUANA.—¿A alguno de vuestros amigos?

SMOLOFF.—Sí, á uno de esos amigos á quienes ni se quiere ni se estima.

JUANA.—No comprendo.....

SMOLOFF.—Nuestro interés hace que les llamemos amigos y les tendamos la mano. Así como la antigua república de Venecia tenia su buzon para las denuncias y su ti.

ránico consejo de los Diez, así nuestra moderna sociedad tiene una plaga, si se quiere, mas terrible que aquellas. Hablo de los periodistas, de los cronistas y los gacetilleros, que se llaman pomposamente y con fatuidad los intérpretes de la opinion pública. Tienen la necesidad de calumniar para divertir al público y llenar las columnas de sus periódicos, y se ceban en aquel que los desprecia ó juzga en lo que valen. Envidiosos y vanos, no se contentan con el mendrugo que se les arroja, sino que exijen que se les mime, se les contemple, y lo que es peor, que se les soporte, y como una frase vertida por ellos quita la honra ó destruye el porvenir de quien no les adula, son temidos. Hé aquí por lo que no me he podido negar á esta exigencia, que espero me disimuleis.

JUANA.—Y ¿quién es la persona de que se trata?

SMOLOFF.—Se llama el marqués de Laverdac; pero he averiguado que el señorío de Laverdac es enteramente fantástico. Sus amigos le llaman simplemente Arturo. Por otra parte, es un hombre que siempre ha vestido á la última moda, elegan-

te hasta el extremo y de finísimos modales.

JUANA.—No tengo ningun inconveniente en recibirlo en mi casa, siendo presentado por vos.

SMOLOFF.—Pero debo advertiros que tiene una manía.

JUANA.—¿Cuál?

SMOLOFF.—La de los casamientos ricos.

JUANA.—Eso no me inquieta.

SMOLOFF.—¿Y vuestra hija?

JUANA.—No tengo cuidado.

ESCENA IV.

Dichos y Cecilia.

CECILIA.—¡Mamá, mamá, ahí está él!

JUANA.—(¿Quién?) Hija, repara.....

CECILIA.—¡Ah! el señor baron Smoloff.

MOLOFF.—Os doy las gracias por haberme reconocido.

JUANA.—Mi hija, como yo, nunca olvidará al me-

jor amigo de su padre. Y tendrá mucho gusto siempre que volvais aquí.

SMOLOFF.—(Entiendo, eso quiere decir que estoy estorbando.) (*Buscando en las sillas.*) Mas.....

JUANA.—¿Qué buscais?

SMOLOFF.—Mi sombrero, no.....

JUANA.—(*Dándoselo.*) Aquí está.

SMOLOFF.—Gracias.

ESCENA V.

Dichos y el lacayo.

LACAYO.—El señor conde de Plougastel pide permiso para hablaros.

JUANA.—Hazle entrar. (*Váse el lacayo.*)

SMOLOFF.—Señora condesa..... A vuestros piés, señorita.

JUANA.—Adios, señor baron, ya sabeis que contais con una amiga.

SMOLOFF.—Mil gracias por tanta bondad. (*Vase.*)

ESCENA VI.

Juana y Cecilia.

JUANA.—¡Indiscreta!

CECILIA.—¿Por qué, madre mia?.....

ESCENA VII.

Dichos y Ernesto.

ERNESTO.—Señora condesa, espero que me escuseis si me presento en vuestra casa sin conoceros anteriormente.

JUANA.—El sobrino de la señora condesa de Sauveterre, que tanto cuidó de mi hija en mi ausencia, me honrará siempre con sus visitas.

ERNESTO.—El objeto de mi visita es entregaros una carta de mi hermana.

JUANA.—Para mi hija supongo que será.

ERNESTO.—Efectivamente, aquí la teneis. (*Le dá una carta.*)

JUANA.—Cecilia, toma. Sabiendo de quien viene, señor conde, creo escusado el leerla ántes.

CECILIA.—«Mi querida y cariñosa amiga».....

JUANA.—¿Empiezas á leer sin pedir permiso?

CECILIA.—¿A quién, mamá?

JUANA.—Al señor conde primero, despues á mí.

CECILIA.—Puesto que él ha tenido la bondad de traerla y tú me la has entregado, creí que podia leerla.

ERNESTO.—Y con razon.

JUANA.— Pero al ménos no en voz alta.

ERNESTO.—Os suplico que permitais que siga.

CECILIA.—Y creí tambien que te daria mucho gusto y á vos tambien, Ernesto, al escuchar una carta de María. ¡Escribe tan bien!

JUANA.—Sigue.

CECILIA.—« Mi querida y cariñosa amiga: á tí ántes que á nadie debo comunicarte mi dicha es decir mi casamiento. Mi futuro es mi primo, y no creo necesario hacerte su elogio; le amo con delirio, bástete eso. Como él no es rico, sus

« padres no hubieran permitido nunca
« que se casase con una pobre: casi todo
« estaba perdido si mi hermano no hu-
« biera duplicado mi dote.

ERNESTO.--Ignoraba absolutamente el contenido de esa carta, si no, nunca hubiera consentido.....

JUANA.--Permitid que mi hija continúe, señor conde.

CECILIA.-- « Si mi hermano no hubiera duplicado
« mi dote, cediéndome su parte en la
« herencia paterna. Tú que le conoces,
« sabes de lo que es capaz su corazon
« leal y generoso, y por los mismo no
« debes asombrarte.»

Y en efecto no me asombro, Ernesto.

ERNESTO.--Mi hermana me ha colocado en una situacion algo delicada con su indiscrecion.

JUANA.--Es necesario sufrir las consecuencias que traen las buenas acciones.

CECILIA.--Sigo: « El me exijió que callase su ge-
« neroso y desinteresado sacrificio; pe-
« ro contigo no tengo secretos y por lo
« mismo te lo digo.» (*Páusa.*)

JUANA.--¿No sigues?

CECILIA.--Lo demas son niñerías, bromas de co-

legialas..... acompañado de una invitacion que vuestra hermana nos hace á mi madre y á mí para su boda.

JUANA.—Y á la cual asistirémos.

CECILIA.—¡Oh! ¡qué felicidad!

JUANA.—Dáme esa carta, Cecilia, voy á contestarla al punto, y espero que vos tendreis la bondad de dar mi respuesta á vuestra hermana.

ERNESTO.—Sin duda alguna.

JUANA.—Pues bien, dispensadme un momento. (*Váse.*)

ESCENA VIII.

Cecilia y Ernesto.

ERNESTO.—Señorita, creo oportuno este momento para.....

CECILIA.—¿Para qué?

ERNESTO.—Despedirme.

CECILIA.—¿Acaso partís?

ERNESTO.—Tan luego como se verifique el matrimonio de mi hermana.

CECILIA.—¿Y cuándo volveis?

ERNESTO.—¡Quizá nunca!

CECILIA.—¡Nunca!

ERNESTO.—Voy á establecerme á los Estados-Unidos.

CECILIA.—¿Abandonais vuestra patrta así tan contento?

ERNESTO.—No. ¿Creeis acaso que me aleje sin pesar del país que me vió nacer, en donde jugué cuando niño? ¿Pensais, Cecilia, que al perderse tras las olas la tierra donde duermen mis padres su último sueño, donde se halla todo lo que he amado, todo lo que amo no corran mis lágrimas á raudales? Es imposible. sin pena.....

CECILIA.—Y ¿para qué partís entónces?

ERNESTO.—Porque estoy absolutamente arruinado. Mi padre, antiguo soldado, se retiró á su casa despues de los acontecimientos de Diciembre de 1852. Por mas instancias que se le hicieron, nunca cambió la resolucion que le dictaron su honor y sus convicciones políticas. Retirado en sus posiciones, se consolaba de su aislamiento aliviando los males de otros; daba, sin tener en cuenta la escasez de

de su caudal. La única persona que hubiera podido poner freno á su liberalidad sin límite, era mi madre, que una enfermedad nos la habia arrebatado demasiado temprano.

CECILIA.—Y vos, ¿por qué no le aconsejábais?.....

ERNESTO.—Un hijo no tiene respeto á su padre, mas que un deber, el de obedecerlo. ¿Con qué derecho reclamarémos al que nos dió la vida el que no cuida una fortuna que ganó ó aumentó con su propio trabajo? Hoy, necesito trabajar para vivir.....

CECILIA.—¿Vos?.....

ERNESTO.—No os asombreis. El trabajo es lo que en este siglo ennoblece al hombre, como en los de mis antepasados la cuna; é hijo de mi siglo trabajaré de buena gana.

CECILIA.—¿Y por qué no buscais vuestro sustento aquí?

ERNESTO.—Y aquí, ¿qué quereis que haga? Dedicarme al comercio ... sea instinto, sea defecto de mi educacion, el trafico y el engaño me repugnan. ¿Buscar un empleo? No; tengo un carácter independiente que se aviene muy mal con la vi-

da de dependencia y sujecion á que seria preciso reducirme.

CECILIA. -En América no encontrareis un trabajo mas honroso.

ERNESTO.—Sí, la agricultura. Es la única industria que me agrada. Labrador y soldado, son los recursos de los nobles arruinados; y como mis ascendientes, no creeré deshonrados mis blasones con esculpirlos en mi azada. ¡Qué quereis, Cecilia! No pudiendo sostener mi nombre conforme á las preocupaciones de Europa, no pudiendo vivir en ella como gran señor, voy á convertirme en simple ciudadano bajo el cielo libre de la América.

CECILIA.—¿Y no habeis pensado en la soledad que os rodeará, en lo horrible de vuestro aislamiento?

ERNESTO.—¡La soledad! No la temo; me he acostumbrado á ella muy á pesar mio, aun que mas de una vez habia soñado en los goces y la tranquilidad de la familia; pero.....

CECILIA.- Seguid.

ERNESTO.—A excepcion de mi hermana, creo que no cuento con el cariño de nadie.

CECILIA. —Cuando uno cree que nadie le ama, es que tampoco á nadie se ama.

ERNESTO.—No es cierto; yo amo y con delirio.

CECILIA.—¡Vos! ¿A quién?

ERNESTO. A una jóven á quien hubiera consagrado mi vida entera, que ha sido la ilusion que me ha arrullado por largo tiempo; pero que su posicion, la riqueza y la indudable repulsa de su familia, me han impedido que le descubriese mi pasion.

CECILIA.—(¡Qué esperanza!) Y ¿quién es, Ernesto?

ERNESTO.—Ahora que voy á partir, no creo peligroso el decirlo, sois vos, Cecilia.

CECILIA.—¡Yo!

ERNESTO.—Sí, vos. No os burleis; nada pretendo sino que os acordeis de mí, que me llameis vuestro mejor amigo.

CECILIA.—Ernesto, vuestro cariño halla un eco en mi alma; mas si me amais, ¿por qué no pedís mi mano?

ERNESTO.—¡Soy pobre!

CECILIA.—¡Qué mal conoceis á mi madre! ¡Ella como yo! desprecia el dinero y aprecia mas un noble y generoso corazon como el vuestro.

ERNESTO.—¡Qué oigo!

ESCENA IX.

Dichos y Juana.

JUANA.—(*Entrando.*) La verdad,

ERNESTO.—¿Habeis escuchado?

JUANA.—Mi solicitud maternal me disculpa.

ERNESTO.—Yo soy el que debo pedir que me perdoneis la temeridad con que he obrado

JUANA.—Habeis sido sincero y os lo agradezco. Quiero imitar vuestra franqueza. Mi hija os quiere.... ¿vos la amais?

ERNESTO.—¡Con delirio!

JUANA.—¿Quereis su mano?

CECILIA.—¡Qué buena eres, mamá!

ERNESTO.—¡Cómo! ¿Me la dais á mí que nada he hecho para merecerla, que nada poseo?

JUANA.—Os conozco bastante y creo honrar á mi familia emparentando con un hombre cuya nobleza es igual á su virtud. Mi capital, que son dos millones, se los doy de dote.

CECILIA.—¿Y tú, mamá?

JUANA.—Yo me reservo un rincon en tu casa y un lugar en tu corazon.

CECILIA.—Que será siempre el mejor, te lo juro.

ERNESTO.—¿Y el señor conde de Rovenkine?

JUANA.—¿Que quereis decir? ...

ERNESTO.—¿Qué si accederá tambien á este matrimonio?

JUANA.—Yo respondo de él.

ERNESTO.—De modo que puedo partir tranquilo.

CECILIA.—¡Partir! y ¿á dónde?

ERNESTO.—A Rusia.

JUANA.—¡A Rusia!

ERNESTO.—Quiero solicitar yo mismo la mano de Cecilia á su padre.

JUANA.—No, ese viaje es inútil. Basta que se la pidais en una carta que yo me encargo de trasmitirle.

ERNESTO.—Perdonadme si insisto; pero no puedo comprender que un padre dé su hija á un hombre que no conoce.

JUANA.—No tardará mucho en conoceros.

CECILIA.—¿Mi padre vá á venir?

JUANA.—Antes de un mes ya le habrás abrazado.

CECILIA.—¡Tanta felicidad al mismo tiempo!

ERNESTO.—¡Señora! no sé como mostraros mi agradecimiento.

JUANA.—Haciendo á mi hija dichosa, nada mas os pido.

ERNESTO.--Ese será mi anhelo constante.

CECILIA.—Y ¿cuándo hareis la peticion?

ERNESTO.—Al instante voy.....

CECILIA.--Mas, volved pronto.

ERNESTO.—¡Oh! sí, no quiero perder un minuto síquiera de felicidad. (*Váse.*)

JUANA.—¿Estás contenta?

CECILIA.--¡Qué buena eres mamá!

ESCENA X.

Dichos y el lacayo.

LACAYO.—Señora, afuera hay una mujer que quiere hablaros.

JUANA.—¿Quién es?

LACAYO.—No lo sé, pero parece modista.

JUANA.—Hazle entrar. (*Váse el lacayo.*)

CECILIA.—¿Te dejo sola?

JUANA.--Sí, pronto me desocuparé.

ESCENA XI.

Juana y Rosa.

ROSA—Perdonadme, señora condesa, si me he atrevido á presentarme aquí sin recomendacion; pero como sé que acabais de llegar de San Petesburgo, yo conozco el gusto de las damas rusas, y.....

JUANA.—Deveras?

ROSA.—Estuve cuatro años en Rusia, en clase de modista, y os vengo á ofrecer mi taller.

JUANA.—(Yo conozco esta cara).

ROSA.—Soy la que proveo á las damas extranjeras de chales, cortes los mas elegantes, olanes.....

JUANA.—Os tendré presente cuando necesite algo, lo que es por ahora,..... dejadme vuestra direccion.

ROSA.—Aquí está. (*Le entrega una tarjeta.*) Dignaos ver estos encajes.

JUANA.—(*Leyendo.*) ¡Rosa Marqués!

ROSA.—Ese es mi nombre, señora condesa.

JUANA.—¡Cielos!

ROSA.—¿Qué teneis?

JUANA.—No ..... no es neda.....

ROSA.—¡Qué veo! (*Dejando caer la caja al suelo.*) ¡Juana! ¡Juana Lambert!

JUANA.—Hoy condesa de.....

ROSA.—¿Desde cuándo?

JUANA.—¿Y qué os importa?

ROSA.—¿Ya no me conoces?

JUANA.—¡Yo!

RÑSA.—Sí, tú. ¿Ya no conoces á Rosa tu antigua camarada de taller, tu mejor amiga, tu maestra en la ciencia del mundo? Mas ya se vé, tú todavía estás hermosa, jóven; yo, al contrario, he llegado casi á la decrepitud. ¡Qué mal hice en abandonar la Rusia! ¡Hermoso país! Allí al ménos despues de diez años de servicio, una mujer puede contar con una fortuna ó quizá con un buen matrimonio.

JUANA.—¡Qué vergüenza!

ROSA.—¿Y por qué te niegas á reconocer á tu amiga, á quien debes tu fortuna?

JUANA.—¿Qué os debo mi fortuna, decís?

ROSA.—Y ¿por qué no? ¿Quién te lanzó al mundo si no fuí yo? dilo? Si no fuera por mí

aun tendrias que trabajar todo el dia y aun la noche tambien para ganar mil francos al año y mal vivir.

JUANA.—¡Ojalá y así fuera!

ROSA.—¿Acaso te disgusta el ser condesa, vivir en un magnífico aposento, tener criados con librea? Pues, hija, podemos cambiar si quieres.

JUANA.—Al ménos hubiera vivido honrada.

ROSA.—¡Eh! no digas tonterías y platiquemos como lo haciamos en el taller (*Con ironía.*) si es que la señora condesa quiere hacerme el honor de reconocerme.

JUANA.—¡Oh! sí..... Perdona, Rosa, si hace un instante no lo hice.....

ROSA.—Sí, ya comprendo el por qué. Cuando álguien sale de presidio, no le ha de ser muy agradable encontrar á su compañero de cadena.

JUANA.—No lo hacia por mí..... por mi hija.

ROSA.—Conque ¿tienes una hija?

JUANA.—Sí.

ROSA.—¿Es linda?

JUANA.—Como un ángel.

ROSA.—¡La habrás puesto en algun colegio!

JUANA.—Hice que se educara en un convento.

ROSA.—Y quieres hacer de ella una mujer honrarada, ¿no es esto?

JUANA.—Es mi único deseo.

ROSA.—¡La virtud! Eso es lo único que nos puede hacer felices. ¡Qué dichosa ha de ser una madre que se sienta respetada y querida por sus hijos, cuando su cabeza se encuentre blanca y su tez arrugada. Por eso me ves ahora trabajar para vivir!

JUANA.—¿Tambien tú tienes una hija?

ROSA.—No, un hijo.

JUANA.—¡Qué feliz eres!

ROSA.—No por cierto, mi querida Juana.

JUANA.—Refiéreme tus pesares, Rosa; las madres se comprenden siempre. ¿Está enfermo?

ROSA.—Tampoco.

JUANA.—¿Acaso ha partido para América en busca de una fortuna?

ROSA.—¡No! Juana, está en París.

JUANA.—¡Ah! ya comprendo, la suerte le ha hecho soldado. Mas pierde cuidado, yo te daré lo que necesites para libertar á tu hijo; para buscar un reemplazo.

ROSA.—Gracias, mi querida Juana, gracias, acabas de decirme palabras que hace tiempo no oia. Nosotras, mujeres hechas para divertir al mundo, somos cortejadas

miéntras nuestro rostro se conserva hermoso y no hemos llegado aun á la vejez; pero nunca se nos quiere: todas esas palabras amorosas que se nos dice, ¡son mentira! Nosotros tambien necesitamos del cariño para vivir..... pero jamás encontramos ese cari-ño .....

JUANA.— Cálmate; dime, ¿qué puedo hacer en favor de tu hijo?

ROSA.—¡Nada!.... ¡El no me quiere!

JUANA.—¡Eso es imposible! ¡Un hijo no querer á su madre? ¡Te has engañado!

ROSA.—Se avergüenza de mí, me huye. Hace tres meses que no le veo.

JUANA.—Búscalo, tal vez se arrepienta.

ROSA.—Tiene miedo de que me vean entrar en su casa.

JUANA.—Ahora si comprendo tu desgracia.

ROSA. Es que estoy recibiendo mi castigo; pero ¿no es verdad, Juana, que un hijo no es el que debe castigar á su madre? He sufrido con resignacion el desprecio del mundo; mas cuando veo á mi hijo renegarme, desconocerme; el corazon se me hace pedazos, se me anuda la garganta y ansío morir ántes que pensar en ello.

JUANA.—Consuélate: tarde ó temprano volverá sobre sus pasos....

ROSA.—Sí, cuando yo esté agonizando, cuando el delirio de la fiebre no me permita conocerle, cuando conduzcan mi cadáver á la fosa comun; y miéntras eso no suceda, mi vida se arrastrará en la soledad y el abandono, nadie enjugará mis lágrimas, y no oiré ni una sola palabra de consuelo.

JUANA.—¡Sosiégate!.....

ROSA.—No hablemos de eso..... háblame de tu hija, de tu matrimonio, de tu felicidad! ¡Oh! ¡tú si que eres feliz! ..... Casada, y ¿con quién? áun no me has dicho.

JUANA.—Con el conde de Rovenkine.

ROSA.—¡Aquel que fué mi amante en San Petesburgo, que se encontraba ébrio contínuamente; el idiota mas grande que he conocido!

JUANA. El mismo.

ROSA.—Pero el príncipe Borís, ¿cómo consintió que tú te casases?

JUANA.—No pudiendo hacerlo él por la posicion que guarda en la corte rusa, quiso asegurar á mí y á su hija un nombre, y nos

compró á mí un marido y á mi hija un padre legal.

ROSA.—Ya comprendo..... ¿y mi antiguo adorador se habrá corregido de sus vicios?

JUANA. —¡Oh! ¡sí, algo!.....

LACAYO. —(*Desde dentro.*) El conde de Plougastel.

JUANA. —¡Ah! Rosa, te suplico que no digas ni una palabra! ¡por la felicidad de mi hija?

ROSA. No temas; no soy yo la que comprometa jamás á una amiga.

ESCENA XII.

Los mismos y Ernesto.

ERNESTO.—Soñora condesa, dignaos poner en manos del señor conde Rovenkine la siguiente carta, en la que le pido la mano de vuestra hija.

JUANA.—Lo haré al instante. Dadme vuestro brazo y busquemos á la futura.

ROSA.—Si quereis me puedo encargar de las donas.

JUANA.—No os olvidaré. (Sé discreta y cuenta con mi gratitud.)

ROSA.—(No te inquietes, nada diré y te robaré poco.)

ERNESTO.—Vamos.

JUANA.—Vamos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Salon lujosamente amueblado. En el fondo dos puertas con un rico cortinaje. A la derecha una ventana con cortina igual á las de las puertas. A la izquierda una chimenea con espejos y floreros, entre los cuales se halla un relox: en el centro una mesa con periódicos, álbums, etc. Sofá á la derecha entre la chimenea y el primer bastidor; sillones, uno cerca de la mesa y otro frente á la chimenea.

ESCENA I.

Juana y el lacayo.

(Aparece Juana sentada leyendo un diario.)

LACAYO.—Señora condesa, perdonadme si os interrumpo; pero .....

JUANA.—¡Acaba!

LACAYO.—Afuera hay un hombre cuya traza es singular y que quiere veros.

JUANA.—¿Quién es?

LACAYO.—No lo sé, viene vestido de pieles, habla de un modo muy raro; al decirle que no estabais visible, me dió un puntapié esclamando: «Toma, esclavo.» ¡Yo esclavo!.....

JUANA. —¿No te dió su nombre?

LACAYO.—Sí; mas no le entendí: parece que viene de muy léjos; al ménos sus trazas son de que acaba de llegar.

JUANA.—(¡Ah!) Haz que preparen el almuerzo y que entre el señor conde de Rovenkine.

LACAYO.—¡El conde!..... Voy al instante. (*Váso.*)

JUANA.—No en balde le esperaba hoy.

LACAYO. —(*Adentro*) El señor conde de Rovenkine

ESCENA II.

Juana y Platon.

Platon se presenta con un gran paletó, botas de piel amarilla, una gorra de piel y guantes. Sus pasos son tardíos, sus miradas las de un idiota; se hallará sumamente pálido.

JUANA.—Bien venido, señor conde. (*Platon responde con un movimiento de cabeza, hace seña al lacayo que recoja sus dos maletas. Al*

retirarse éste, Platon le arroja su gorra que habia olvidado recojer.) ¿Habeis hecho un buen viaje?

PLATON.—Muy cansado.

JUANA.—(*Haciendo que se siente.*) Descansad. No sé como mostraros mi agradecimiento por el trabajo que os habeis tomado en venir.

PLATON.—Desde Ukrania en verdad que está léjos..... tres semanas de camino..... ¡Diablo!

JUANA.—Escusadme, si os he molestado; pere vuestra presencia era necesaria.

PLATON.—¿Para qué?

JUANA.—¡Cecilia vá á casarse!

PLATON.—Y á mí, ¿qué me dá?

JUANA.—Necesita vuestro consentimiento.

PLATON.—Puede contar siempre con él.

JUANA.—Era indispensable que presenciáseis su matrimonio.

PLATON.—¿Cuándo será?

JUANA.—Lo mas pronto posible..... dentro de quince dias.

PLATON.—¿A qué hora?

JUANA.—Siguiendo la costumbre parisiense, al medio dia.

PLATON.—Es muy temprano.

JUANA.—Mas hareis un esfuerzo ese dia, y os ju-

ro que mi agradecimiento no será estéril. Todas vuestras fatigas y sacrificios os serán recompensados.

PLATON.--¿Cómo?

JUANA.--Escuchadme: el hombre que se vá á venir con mi hija, pertenece á una de las mas nobles é ilustres familias de la aristocracia francesa.

PLATON.-- Muy rica, supongo.

JUANA.--Eso no hace al caso: os hablo de la virtud, no de la fortuna de esa familia. El futuro de mi hija no tiene mas que un defecto y es el de ser virtuoso hasta el extremo, y si llegase á descubrir en nuestra familía uno de esos vicios que jamás encontró en sus parientes, renunciaria á la mano de Cecilia.

PLATON.--Es peligroso el negocio.

JUANA.--No tanto como creeis· Todo depende de vos.

PLATON.—¿De mí?

JUANA.—Sí, sabiendo conduciros bien y llevando durante vuestra permanencia en Paris una vida regular y sóbria.....

PLATON.—¡Oh! ¡no puedo! ¡El agua me hace mal!

JUANA.—Es que yo no pretendo que paseis de un

extremo al otro: lo único que os exijo es que no abuseis.

PLATON.—Y..... ¿Cómo hacer?

JUANA.—No tomando mas cantidad de vino de la que yo os dé. Los dos habitarémos un mismo departamento y nos sentarémos á una misma mesa.

PLATON.—Y..... ¿podré salir.

JUANA.—Solo conmigo.

PLATON.—¡Quince dias!

JUANA.—Que os valdrá cada uno.....

PLATON.— ¿Qué?

JUANA.—Oidme: sé que estais arruinade; que vuestras deudas son numerosísimas: pues bien, si durante estos quince dias haceis lo que deseo, á vuestra llegada á Ukrania hallareis todos vuestros compromisos satisfechos, y á mas la suma de quince mil rublos, que os entregará mi banquero en San Petesburgo,

PLATON.—¡Cuarenta mil francos!..... Acepto; pero solo permaneceré en Paris diez dias.

JUANA.—Si seguís así, me retracto.

PLATON.—Me es igual.

JUANA.—Y me quejaré de vos, señor conde, con el príncipe.

PLATON.—(*Interrumpiéndole.*) Y en tal caso haria que el Czar me enviase á la Siberia.....

JUANA.—Pues bien, escojed entre mi gratitud ó mi venganza.

PLATON.—Acepto vuestra gratitud y los cuarenta mil francos.

JUANA.— Ya sabeis las condiciones.

PLATON.—Perded cuidado.

ESCENA VIII.

Los mismos y Cecilia.

CECILIA.—¡Mámá! mamá. ¿es cierto que mi padre ha llegado?..... dónde está?

JUANA.—Ved al conde de Rovenkine.

CECILIA.—¡Padre mio! Padre querido..... dadme un abrazo!

PLATON.—Buenos dias, señorita.

CECILIA.—¡Señorita! Y ¿por qué no me llamais hija? ¿por qué no quereis abrazarme? ¿qué es lo que he hecho para merecer ese recibimiento?

JUANA.—Nada, hija mia; es que tu padre está fatigado.

PLATON.—Aun no he almorzado. (*Con aire triste.*)

JUANA.—Venid conmigo.

CECILIA.—(*Casi llorando.*) Ya ves, mamá, como tenia razon en decir que mi padre no me quiere.

JUANA.—¡Oh! ¡no! ¡Cecilia! pronto verás que ese es un error, ¿no es así señor conde?

PLATON.—(*Saliendo de su meditacion.*) Haced que me sirvan ostras y una botella de Sauveterne.

LACAYO.—(*Anunciándose desde adentro.*) El señor marqués de Laverdac.

JUANA.—(¡Oh!) La presencia de un extraño en estos momentos es una contrariedad.

ESCENA IV.

Los mismos y Arturo.

ARTURO.—Señora condesa, usando del permiso que acordasteis al señor baron de Smoloff, mi amigo, vengo á ofreceros mis servicios.

JUANA.—Mil gracias, señor marqués. Tengo el honor de presentaros al señor conde de Rovenkine. (*Dirigiéndose á Platon.*) El señor marqués de Laverdac, uno de los escritores mas distinguidos de la prensa parisiense.

ARTURO.—Siempre he deseado conocer al señor conde, y ahora me creo muy feliz....

PLATON.—Gracías, marqués, gracias. ¿Quereis almorzar conmigo?

ARTURO.—Gracias, acabo de hacerlo.

JUANA.—(*Interrumpiéndoles.*) El conde acaba de llegar hace un instante y necesita un momento de reposo. Voy á arreglar su departamento, y así espero que me dispenseis si os dejo por un momento. (*Toma á Platon del brazo y se lo lleva por la derecha.*)

ESCENA V.

Arturo y Cecilia.

ARTURO.—(Brillante ocasion.) Vos si que sois dichosa, señorita.....

CECILIA.—¡Yo!

ARTURO.—Ciertamente.

CECILIA.—¿Y qué os induce á creer?

ARTURO.—Jóven, bella, querida de una madre tan cariñosa, lo único que faltaba á vuestra felicidad era la presencia de vuestro padre y eso lo acabais de obtener. Despues de haberos dejado de ver cuando aun erais niña, hoy vuestro padre viene lleno de ilusiones, de cariño, de un amor que ha aumentado con la ausencia y que ha crecido bajo las dulces emociones del recuerdo. Al encontrar aquella niña tan graciosa y pequeña convertida en una jóven llena de hermosura, su cariño se habrá duplicado y su orgullo paternal debe ser justo é inmenso.

CECILIA.—¡Ojalá y lo que decís fuese cierto!

ARTURO.—¿Lo dudais?

CECILIA.—¡Ah!

ARTURO.—Uno jamás conoce cuando es feliz. Si vuestra presencia basta para cautivar los corazones de los que os ven; si miraros y amaros es una misma cosa, ¿cómo vuestro padre habia de ser insensible á tanta gracia, á tanta hermosura? Hay algunos que se enamoran de vos, Cecilia, sin saber siquiera si lo apercibís.

CECILIA.—Yo siempre conozco cuando se me quiere.

ARTURO.—Pero si no os lo dicen, ¿cómo?.....

CECILIA.—Lo adivino.

ARTURO.—¿Acaso sabeis que existe un hombre de quien sois el mas dorado sueño, el único pensamiento, la mas dulce ilusion? Que toda, toda su ambicion consiste en agradaros; que os ha consagrado su vida entera y que solo piensa en conquistar vuestro cariño. ¿Lo sabeis?

CECILIA.—Desde hace tiempo.

ARTURO.—¿Y os dignareis perdonar su temeridad?

CECILIA.—Solo las ofensas necesitan perdon.

ARTURO.—Mas una locura se desdeña ó al ménos recibe en pago la indiferencia.

CECILIA.—La indiferencia se parece mucho á la ingratitud.

ARTURO.—Entónces ese amor que se creia insensato será recompensado con vuestro cariño.

CECILIA.—¿Por qué no?

ARTURO.—¡Cecilia, os amo!..... os adoro!

CECILIA.—(*Estupefacta.*) ¡Qué haceis!

ARTURO.—Os ofrezco mi vida, mi nombre, mi alma!.....

CECILIA.—Si no era de vos, señor Marqués; de quien estaba hablando.

ARTURO.—¡Cómo!

CECILIA.—Sino del que pronto será mi esposo ..... perdonad si me retiro. (*Váse.*)

ARTURO.—Nada tengo que hacer aquí..... En mi vida habia sufrido tal burla.....

ESCENA VI.

Arturo y Rosa.

Al salir Arturo por el fondo se encuentra con Rosa.

ROSA.—¡Arturo!

ARTURO.—(Mi madre.)

ROSA.—¿Y por qué apartas la vista?

ARTURO.—Es que vuestras reprensiones me avergüenzan.

ROSA.—No son mis reprensiones, ¡es tu concienciencia! ¡Ingrato! hace tres meses que no has pisado mi humilde boardilla.

ARTURO.—¡Oh! ¡no, madre mia! Aunque á tus

ojos aparezca como un ingrato, no soy mas que un desgraciado á quien debes compadecer y no maldecir.

ROSA.—Y ¿quién merece mas compasion, tú ó yo? ¿tú que has abandonado á una madre cariñosa, ó yo, que he perdido á un hijo? un hijo en quien cifraba mis esperanzas, con quien fuí siempre la mas tierna y dedicada de las madres. Otras mujeres, Arturo, que ven morir á sus esposos, á sus hijos, á sus hermanos, se llaman desdichadas..... ¿dime, cómo me llamarán cuando sepan que tengo un hijo por quien sufrí miserias y vigilias con una santa resignacion, un hijo por quien me he sacrificado, por quien he sufrido, mucho, y que ese hijo me ha abandonado, ha renegado de su madre? ¿Dime, dime, cómo me llamarán?

ARTURO.—¡Por piedad, madre mia! esas palabras me atormentan cruelmente!

ROSA.—¿Acaso no es cierto lo que digo?

ARTURO.—¿Tú crees que no te amo?

ROSA.—Las personas á quienes se aman no se abandonan como tú lo has hecho conmigo, Dí, ¿acaso he sido mala contigo?

¿No he cumplido con todos los deberes que la naturaleza y el corazon me imponen? ¿No podia como esa multitud de mujeres de una condicion igual á la mia, dejar que crecieses sin esperanza alguna? ¡Cuántas veces me tuve que acostar sin comer por tener que pagar al dia siguiente al maestro que enseñaba á mi Arturo la esgrima ó el dibujo! ¡Cuántas veces empeñé mis mejores trajes ó me desvelé trabajando para que al dia siguiente tuviese mi hijo conque satisfacer sus ambiciones elegantes.

ARTURO.—Es cierto, mas no es solo á tí á quien has hecho desgraciada, tambien á mí.... soy muy infeliz!

ROSA.—¿Y te atreves á reprocharme mis sacrificios?..... ¡justo cielo!

ARTURO.—No, no. Lo que digo es que á veces el cariño ciega; que en vez de haberme enseñado un oficio con que ganar nuestro sustento honradamente, me diste una educacion que despertó en mí deseos que no puedo satisfacer, que queriendo hacer de mí un cumplido caballero, hiciste un aventurero que.....

ROSA.—Y ¿tengo la culpa que el humilde hijo de

Rosa Marqués se halla convertido en un marqués de orígen desconocido?

ARTURO. Educado entre los hijos de condes y de barones, entre les héroes de los salones elegantes, me acostumbré á sus hábitos que no podia satisfacer y sus defeetos se convirtieron en mí en vicios. La vanidad me hizo pretender brillar en sus salones.

ROSA.—¡La vanidad! ¡La vanidad! ¡Y esa te impide el ser buen hijo y el ser honrado! En boca de una mujer esas palabras serian disculpables, mas en la de un hombre, no. Una mujer hace lo que puede, un hombre lo que quiere.

ARTURO.—¿Y qué quereis que hiciera? ¡convertirme en obrero! ¡Artesano un hombre que ha aprendido el griego y el latin, que es bachiller, que podia ser ministro! No, no puede aceptar el trabajo material para vivir. Preferiria mejor esperar con los brazos cruzados á que la fortuna venga á protejerle ó buscar sustento por medio de la estafa.

ROSA.—Tal es el fruto que he sacado de mis afanes..... ¿No eres escritor?

ARTURO.—¡Ah! la literatura solo conduce al hospital.

ROSA.—¡Me espantas!..... ¿no te queda ningun recurso?

ARTURO. Sí, uno, el último, el peor de todos; casarme con una mujer rica.

ROSA.—¡Hazlo!

ARTURO.—No todo lo que se quiere se puede. Hace un instante me he arrojado á los piés de una jóven quo se burló de mí, y desesperado iba á acabar con todas mis desgracias cuando entraste.

ROSA.—¿Qué dices? ¡Tú matarte! ¡ah! ¡no! ¡no! ¿Verdad que no harás eso, hijo mio?..... prometémelo! prometémelo!..... no me atormentes mas.

ARTURO.—Mas vale una muerte repentina que una agonía eterna. Me cansa ya la vida.

ROSA. —¡Y yo!

ARTURO.—Y ¿para qué te sirvo?

ROSA.—Para ser el objeto de mi cariño.

ARTURO.—¿Y me quieres aún á mí, que te he abandonado?

ROSA.—No importa.

ARTURO.—¡Te he despreciado!

ROSA.—¡No importa!

ARTURO.—¡Dejadme! ¡dejadme! Prolongando mi vida, se prolonga mi suplicio.

ROSA.—Ten calma y discutamos: te juro que no nos faltará un medio.....

ARTURO.—¡No existe ya!

ROSA.—Y ¿qué sabes tú si existe ó no? Dios es muy bueno y escucha siempre á las madres..... ¡Se me ocurre uno!

ARTURO.—(*Con ironía.*) ¿Cuál?

ROSA.—¿Hace un instante me dijiste que le habias hablado á una jóven de amor?

ARTURO.—Y añadí tambien que se habia burlado de mí.

ROSA.—¿Fué aqui?

ARTURO.—En este mismo sitio.

ROSA.—¿Seria acaso?

ARTURO.—La hija del conde de Rovenkine.

ROSA.—(*Sonriéndose.*) Y bien, quieres casarte con ella?

ARTURO.—Tal era mi intento.

ROSA.—Pues te casarás con ella!

ARTURO.—¡Cómo! ¡Eso no puede ser! ¿deliras?

ROSA.—¡Oh, no, dentro de una hora te habrás convencido de ello!

ARTURO.—¡Si ella al ménos me amase!

ROSA.—Con el tiempo.....

ARTURO.—Es que ama á otro.

ROSA.—Porque le han mandado que le ame; ya cambiará cuando su madre se lo diga.

ARTURO.—Y á ella ¿quién le dirá?

ROSA.—Yo.

ARTURO.—¿Cómo?

ROSA.—Ese es mi secreto. Solo te pido una hora de paciencia: espérame en el jardin, y si logro lo que deseo, levantaré aquel trasparente y subirás al instante..... si no!..... ¡ah!..... yo misma te lo iré á decir.

ARTURO.—Está bien, madre mia.

ROSA.—Pero prométeme que no volverás á pensar en matarte.

ARTURO.—Lo prometo, tú me has reconciliado con la vida.

ROSA.—Ahora sí que estoy contenta de tí. Retírate, alguien se acerca.

ESCENA VII.

Rosa y Juana.

JUANA.—Buenos dias, Rosa; ¿qué tienes que decirme?

ROSA.—Algo que te ha de asombrar.

JUANA.—¿A mí?

ROSA.—Es que no sé cómo empezar.

JUANA.—¿Es muy grave?

ROSA.—Sí.

JUANA.—Una desgracia tal vez nos amenaza.... ¿á quién?..... ¿á mí, ó á mi hija?

ROSA.—Se trata de tu hija; mas no es una desgracia.

JUANA.—Respiro.

ROSA.—Una aventura muy singular.

JUANA.—¿Una aventura?.... ¿qué quieren decir esas palabras?

ROSA.—Sentémonos y hablemos como buenas amigas. Tú me has prometido hacer todo lo que puedas para consolarme.

JUANA.—¿Y bien?..... explícate.

ROSA.—No hallo palabras.

JUANA.—¡Quieres seguir!

ROSA.—Pues bien, te lo diré. Mi hijo está enamorado de tu hija.

JUANA.—¿Tu hijo? ¿y quién es tu hijo? ¿dónde ha conocido á Cecilia?

ROSA.—Mi hijo se llama Arturo y la ha conocido en este salon.

JUANA.—¿Arturo qué?

ROSA.—Arturo Marqués, ó el marqués de Laverdac.

JUANA.—¿Y ese es tu hijo? (*Se levantan.*)

ROSA.—Sí.

JUANA.—Y ¿dices que ama á mi hija.

ROSA.—Sí.

JUANA.—Yo no puedo consentir.....

ROSA.—¿Y por qué?

JUANA.—Por..... (*Pausa.*) Porque ella no le ama.

ROSA.—Despues de que se hallan casado le amará.

JUANA.—¡Casado!..... ¿y con quién?

ROSA.—Con mi Arturo; es un guapo mozo.

JUANA.—Basta, es imposible.

ROSA.—Te pido la mano de tu Cecilia con toda la formalidad debida.

JUANA.—¡Te repito que es imposible!

ROSA.—¿Por qué?

JUANA.—¡Y me lo preguntas!

ROSA,—¡Cosa mas natural!

JUANA.—Pues bien, está prometida al conde de Plougastel.

ROSA.—Conque no se efectúe esa boda, todo queda concluido.

JUANA.—Ese enlace es para mí sagrado, irrevocable.

ROSA.—Pero Rovenkine aun no se ha comprometido y como padre puede romper ese enlace: ¿es su verdadero padre?

JUANA.—Esa pregunta es demasiado insultante.

ROSA.—Con tal que lo sea ante la ley, es suficiente.

JUANA.—El conde de Rovenkine consiente en el matrimonio de Cecilia con Esnesto de Plougastel.

ROSA.—Mas no ha dicho que sí, á ese caballero todavía. Todo se puede arreglar.

JUANA.—Y ¿cómo quieres que rompa un matrimonio honroso y que vá á hacer la felicidad de mi hija, para casarla bruscamente, ¿y con quién? No quiero volver ofensa por ofensa; pero compara tú misma y verás la diferencia que existe entre el futuro esposo de mi hija, y el aventure-

ro é impostor marqués de Laverdac, que no tiene ni posicion social, ni fortuna.

ROSA.—Ne creo que exista gran diferencia entre ambos: él puede muy bien ser un conde, como tú una condesa; en cuanto á lo de la posicion social, este matrimonio se la dará.

JUANA.—¡Eh! ¡basta ya! te he dicho que no consiento. (*Adelantando algunos pasos hácia la puerta.*)

ROSA.—Detente un instante. ¿Resueltamente te niegas?

JUANA.—Sí.

ROSA.—Tal vez te pese, Juana Lambert.

JUANA.—¿Me amenazas?

ROSA.—Comencé suplicándote.

JUANA.—Tus súplicas son nécias y tus amenazas ridículas.

ROSA.—No te harán reir mucho si las cumplo.

JUANA.—¿Qué dices?

ROSA.—Que diré á todos, incluso al señor conde de Plougastel, quien es la condesa de Rovenkine.

JUANA.—No te creerán.

ROSA.—Lo que daña siempre se cree. (*Retírase como para salir.*)

JUANA.—¡Rosa!

ROSA.—¿Qué?

JUANA.—Tú no harás eso.

ROSA.—Lo vas á ver.

JUANA.—Es una infamia.

ROSA.—Llámale como quieras; lo haré si no accedes á lo que pido. (*En el dintel casi de la puerta.*)

JUANA.—¡Escucha!

ROSA.—Oigamos.

JUANA.—¿No has reflexionado que lo que intentas es imposible; que lo que tú pretendes es la desgracia de mi hija? Tú eres buena, no hagas desgraciada á quien nunca te hizo daño. Deseas la felicidad de tu hijo, lo comprendo, porque soy madre; compadéceme. Mi hija, que hoy está llena de ilusiones, que tiene una esperanza que la anima y la hace feliz, será muy desgraciada cuando sus ensueños se hayan desvanecido. ¿Como quieres que una madre sea la que hunda en el abismo del dolor á una hija? Eso es imposible; tú misma no serias capaz de hacerlo..... ¡Oh! no, no es imposible: no puedes tener el corazon de piedra, para desoir mis súpli-

cas, para despreciar mi ternura maternal?.....

ROSA.—¡Qué quieres! No tengo la culpa de lo que pasa: el destino fué el que trajo á mi hijo aquí. Tú has sido feliz miéntras yo era desgraciada; hoy es al contrario ... y mirando bien las cosas, mas vale que tu hija llore un poco, y no que mi hijo se quite la vida. Así, pues, no hablemos mas. (*Juana hace un signo despreciativo.* Me desprecias mejor para mí. Nada tengo que perder, miéntras hoy que la condesa de Rovenkine y ayer Juana Lambert, puede mirar destruido todo su esplendor con una palabra mía?

JUANA.—¿Qué vas á hacer?

ROSA.—¡Nada; es la cosa mas sencilla del mundo.....!

JUANA.—Es que descubriré quien es ese marqués de contrabando que se llama Laverdac.

ROSA.—¡Un aventurero!..... ¿y la hija de una veterana del placer? ..... ¡partido igual, querida Juana!

JUANA.—¡Es que mi hija vá á morirse!

ROSA.—Tá! tá! tá! ¡morirse de amor! ya pasó el tiempo

JUANA. —Lo pensaré.

ROSA.—Pensado está: no puedo perder un instante mas; mi hijo está esperándome y cada minuto que me dilato, es para él un siglo de tormento.

JUANA. —¡Pero el conde!

ROSA.—Platon hará lo que tú quieras, lo conozco demasiado.

JUANA.—No puedo.....

ROSA.—Adios entónces!

JUANA.—¿A dónde vas?

ROSA.—A cumplir mis promesas.

JUANA.—Pues bien..... acepto..... (¡Cielos! ¡qué suplicio tan atroz!)

ROSA.—(*Levanta el trasparente*) ¡Ah! ¡gracias! mi hijo se ha salvado. Ahora falta que tu marido lo haga saber en público que lo acepta por yerno. Vé á prevenirle; Arturo estará aquí dentro de algunos instantes.

JUANA.—(Si pudiese matarla.)

ROSA.—¿Qué dices?

JUANA.—¡Nada! ¡nada!

ROSA.—¡Si das un paso h ia mi, gritó!

JUANA.—(*Con risa siniestra.*) ¿Estás loca? ..... ¿Crees que lo estoy?.....

ROSA.—Es que en tu caso ¡quién sabe lo que haria!..... Vé.

JUANA.— Perdon, Dios mio, para mí..... compasion para mi hija.) (*Váse.*)

ROSA.—¡Cuánto tiempo que no me sentia tan feliz como hoy!

ESCENA VIII.

Rosa y Arturo.

ARTURO.—Héme aquí.

ROSA.—Todo lo he arreglado.

ARTURO.—¿Cómo?

ROSA.—Su madre consiente.

ARTURO.—De modo ¿que será mi esposa la hija del conde de Revenkine?

ROSA.—Es decir, su heredera.

ARTURO.— ¿Pero cómo hiciste para obtener ese consentimiento.

ROSA.—No te he dicho que es ese mi secreto.

ARTURO.—Es que lo deseo saber.

ROSA.—Mas tarde te lo diré.

ESCENA IX.

Arturo y Cecilia.

CECILIA.—¿Aun estais aquí?
ARTURO.—¿Es acaso un reproche, señorita?
CECILIA.—No, es una escusa.
ARTURO.—(¡No me ama!)

ESCENA X.

Dichos y Ernesto.

ERNESTO.—Buenos dias, señorita! (*Arturo le saluda con respeto y Ernesto le contesta con desden.*)
CECILIA. —Mi padre ha llegado.
ERNESTO.—La condesa misma me ha mandado á avisar; ¡es tan buena, tan bondadosa!...

CECILIA.—¡Pero mi padre!

ERNESTO.—¿Qué decís?

CECILIA.—Que aun no sé cual sea su resolucion.

ERNESTO.—Vuestra madre me ha asegurado que será favorable.

CECILIA.—¡Dios lo quiera!

ESCENA XI.

Los mismos y el baron Smolleff.

SMOLOFF.—¡Señorita, os felicito!

CECILIA.—¿Por qué, señor baron?

SMOLOFF.—Por vuestro próximo enlace. ¿No es verdad? (*Dirigiéndose á Ernesto el cual le estrecha la mano.*)

ARTURO.—(*Levantándose é interponiéndose entre Cecilia y Smoloff.*)
Para serviros, señor baron.

SMOLOFF.—¡Hola, señor marqués de Laverdac, no creia veros tan pronto por aquí!

ARTURO.—Esperaba con impaciencia el encontraros.

SMOLOFF.—¿Habreis sido sin duda invitado por la condesa.

ARTURO. (No entiendo.) Sí, en efecto, he sido invitado

SMOLOFF.—Lo cual prueba que sois tratado ya como amigo de la casa.

ESCENA XII.

Los mismos y Platon

PLATON.—(*Con traje negro.*) (Qué bien he almorzado) (¡parece que he renacido!)

SMOLOFF.—Mi querido conde, hace tiempo que no ténia el gusto de veros, y de entónces acá, habeis rejuvenecido.

PLATON.—Es la alegría de verme otra vez entre mi esposa y mi hija.

ERNESTO.—(*A Cecilia en voz baja.*) (Vuestro padre

os ama mucho, Cecilia.)

SMOLOFF.—(*A Arturo.*) Permitid, señor conde, que os pregunte por la señora condesa.

PLATON.—La condesa se halla un poco indispuesta.

CECILIA.—¡Mi madre! (*Vá á salir por la derecha mas Platon la detiene.*)

PLATON.—Quedaos; no puede recibir á nadie.

ERNESTO.—Siento infinito el estado de su salud.

PLATON.—¿Deseais verla?

ERNESTO.—Queria.....

PLATON.—Yo me encargaré de decirle lo que me confieis.

ERNESTO.—Venia á que me hiciese el favor de presentarme al señor conde.

PLATON.—En otra ocasion será cuando lo haga.....

ERNESTO.—Entre tanto espero que el señor baron de Smoloff se tome la pena de hacerlo.

SMOLOFF.—Con muchísimo gusto. Tengo el honor de presentaros al señor conde Ernesto de Plougastel, uno de mis mejores amigos.

PLATON.—Tengo muchísimo gusto en conocerle.

SOMLOFF.—(*Hablando en voz baja á Platon.*) ¿En verdad no le conociais?

PLATON.—(*Lo mismo.*) ¡No!

SMOLOFF.—¿Y al otro? (*Lo mismo.*)

PLATON.—(*En voz alta.*) Ah! sí, el marqués de Laverdac.

SMOLOFF —En efecto.

PLATON.—Como que vá á casarse con mi hija.

CECILIA.—
ERNESTO.— } ¡El!
SMOLOFF.—

CECILIA.—Os equivocais..... ¡no!

PLATON.—¡Silencio! ¡Cuando digo algo, es porque tengo sobrada razon. ¡Señor marqués de Laverdac, dadme vuestra mano. ¡Señores, os presento á mi futuro yerno.

ERNESTO.—¡Señor conde!

PLATON.—¿Qué?

ERNESTO.—La condesa me habia prometido la mano de su hija.

PLATON.—Os engañais, ella misma ha sido la que..... pero sabed que en mi casa siempre se hace mi voluntad.

ERNESTO.—En efecto, señor conde, sois padre de familia y teneis ese indisputable derecho. (*Saluda con la cabeza y se retira.*)

CECILIA.—¡Piedad, Dios mio! (*Cae sollozando en un sillon.*)

(*Platon hace que Arturo se siente en el canapé á su lado; Smoloff se retira por la Izquierda.—Telon rápido.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el anterior. Fuego en la chimenea, luces y todos los preparativos para una fiesta.

ESCENA I.

Juana y Cecilia.

JUANA.—Ya he perdido toda esperanza, hija mia, acaba de irse ese marqués de Laverdac, que se ha mostrado insensible á mis ruegos y á mis lágrimas.

CECILIA.—Y ¿Ernesto?

JUANA.—¿Le amas?

CECILIA.—Tanto como á tí.

JUANA—Tal vez con el tiempo.....

CECILIA.—¡O! ¡no! nunca le olvidaré. Pero no es posible que mi padre insista en sacri-

ficarme, le rogaré..... yo no puedo unirme á un hombre que me antipatiza, que me repugna.

JUANA.--Tienes razon para odiarle.

CECILIA.—No le ódio, porque desde niña me enseñaron á amar á todo el mundo; pero ese casamiento vá á hacer mi desgracia.

JUANA.--Lo comprendo y sufro tanto como tú. El hombre que se sonrie al ver llorar á una madre que suplica por su hija, es un malvado. Hace un instante, cuando me arrojé á sus plantas para rogarle que desistiera de ese enlace, él se burló de mi dolor..... ¡Oh! te vá á hacer muy desgraciada!

CECILIA.—Moriré y sufriré resignada, pues que cumplo con un deber obedeciendo á mi padre. Dios me lo tomará en cuenta.

JUANA.—Eres un ánjel. Mas no has de morir, no; el cielo no puede ser tan cruel conmigo.

CECILIA.—Es lo único que espero.

JUANA.—Antes que se realice este crímen, quiero qus me prometas.....

CECILIA.—¿Qué, madre mia?

JUANA.— Que si algun dia, alguien acusa á tu madre no dés oido á sus palabras.

CECILIA.--Una calumnia se desprecia.....

JUANA. —Pero si esa persona te presentare una prueba real ó finjida, recházala, no la examines.

CECILIA.—¡Oh! sí, tu memoria me será sagrada como lo es tu cariño.

JUANA.—En fin, que me perdones por lo que pueda haber contribuido á tu desgracia.

CECILIA.—¿Tú?..... Cierta estoy de que eres como yo víctima de una maldad; pero aunque así no fuera, mi corazon solo tendria para tí lágrimas y amor, amor sin fin.

JUANA.--¡Bendita seas! Retírate: aun no pierdo la esperanza..... voy á salir al instante.

CECILIA.—No tardes, mira que mi tormento es atroz! (*Le dá un beso Juana y se retira.*)

ESCENA II.

Juana.

JUANA.—(*Toca la campanilla y aparece un lacayo.*) ¡El carruaje! No queda mas remedio que luchar: no oyeron mis súplicas pero sentirán mi venganza. (*Al ir á salir se encuentra con Ernesto en el dintel de la puerta.*)

ESCENA III.

Juana y Ernesto.

ERNESTO.—Perdonadme, si os interrumpo.

JUANA.—A vos precisamente iba á buscar. (*Le quita de la mano el sombrero y el abrigo y los pone en una consola.*)

ERNESTO.—¿A mí?

JUANA.—Sí, iba á daros la explicacion que venis á pedirme.

ERNESTO.—¿Sabeis, pues, el objeto de mi visita?

JUANA.—Y con razon. De un solo golpe en el instante en que ménos debiais esperarlo, obrando contra todo sentimiento de justicia y de equidad, han roto á vuestra presencia un tratado sagrado, han pisoteado vuestros derechos, han deshecho vuestras esperanzas y os han lanzado á la cara la injuria mas grave y sangrienta.

ERNESTO.—No vengo, señora, á quejarme ni mucho ménos á tomar venganza. La promesa que me hicisteis era la de hablarle á vuestro esposo; él ha hecho lo que le ha parecido mas conveniente; nadie mejor que yo sabe respetar las decisiones paternales. El conde de Rovenkine como jefe de familia solo á Dios debe dar cuenta de sus acciones; y no seré yo el que le dirija un reproche ni una súplica: el dolor no me ha cegado hasta tal punto de hacerme injusto.

JUANA.—¡Corazon generoso!

ERNESTO. Vengo tan solo, señora, á suplicaros que me respondais con sinceridad: ¿He

merecido por alguna falta involuntaria la reprobacion del señor conde?

JUANA.—¡Quién, vos!

ERNESTO. Sí, ¿ó es mi destino el que me hace desgraciado!

JUANA.—¡Ah!

ERNESTO. Hablad, señora, Decidme con franquequeza si ha llegado á vuestros oidos que yo halla cometido alguna accion infame, ó si alguna de esas debilidades de que son susceptibles todos los hombres me ha hecho indigno de la mano de vuestra hija?

JUANA.—Al contrario, cada vez admiro mas vuestra conducta.

ERNESTO.—De modo, ¿que no debo reprocharme ninguna falta?

JUANA.—Ciertamente.

ERNESTO.—¿Y que no he perdido ni vuestra estimacion ni el aprecio de Cecilia?

JUANA.—Perderlo, nunca. Teneis una alma noble y generosa que os hacen digno de él.

ERNESTO.—¡Gracias, condesa, eso era lo único que deseaba saber! Voy á partir con el corazon hecho pedazos; pero con la conciencia tranquila. Podeis estar segura, que ni el tiempo ni la distancia amen-

guarán en nada la tierna afeccion que os profeso. ¡Adios! (*Conteniendo las lágrimas.*)

JUANA.—(*Deteniéndole.*) ¿Quereis salvarnos?

ERNESTO.—¡Salvaros, ¡Oh! sí.

JUANA.—¿Aunque peligre vuestra vida?

ERNESTO.—Aunque peligre moriria contento.

JUANA.—Pues bien, ¿conoceis á vuestro rival?

ERNESTO.—El marqués de Laverdac.

JUANA.—Cuyo título ha tomado del pueblo donde nació su madre Rosa Marqués, oriunda de Laverdac, en el distrito de Libourne, y hoy modista en el Boulevart de los Italianos.

ERNESTO.—De modo que ha renegado de su nombre para usurpar un título.

JUANA.—Como renegó de su madre para finjir una ascendencia noble.

ERNESTO.—¡Y á semejante hombre vá á dar su hija el conde de Rovenkine!

JUANA.—La fuerza es la que le ha obligado á ello.

ERNESTO.—¡Cómo!

JUANA.—Le han amenazado.

ERNESTO.—¿Qué amenaza por grande que sea puede intimidar á un hombre honrado y de corazon?

JUANA. El infame ha encontrado un medio muy propio de la industria que ejerce.

ERNESTO.—¿La industria que ejerce? y ¿cuál es esa industria? yo le creia periodista?

JUANA.—Es periodista como es marqués de contrabando. Vende palabras y finje novelas, anuncia y denuncia. Gracias á casualidades imprevistas ha descubierto un secreto terrible.

ERNESTO.—Un secreto político tal vez.

JUANA.—En efecto.

ERNESTO.—¿Una conspiracion?

JUANA.—Sí, una conspiracion contra el Czar, y cuyo descubrimiento puede arruinarnos.

ERNESTO.—Basta, condesa, no me digais mas. (*Vá á retirarse.*) Juro salvaros.

JUANA.—(*Como abriendo la puerta.*) Vedle, ahí viene. Obrad con prudencia, que una sola palabra puede perdernos; finjid que aun no me habeis hablado. (*Retirándose por la puerta de la derecha.*)

ERNESTO.—Convenido, aquí os espero con el conde.

JUANA.—Voy á buscarle.

ERNESTO.—No traigais á vuuestra hija.

JUANA.—Perded cuidado. (*Se vá por la puerta de la derecha. Arturo entra y despues de mirarse ambos, se saludan inclinando lijeramente la cabeza: Rosa aparece despues con varias cajas debajo del brazo.*)

ESCENA IV.

Rosa, Arturo y Ernesto.

Ernesto se retira cerca de la chimenea hojeando un álbum.

ROSA.—(*A Arturo que se hallará cerca de la mesa del centro.*) El conde está aquí y temo mucho que se nos halla tendido alguna red.

ARTURO.—Calma, y mostremos mucha sangre fria.

ROSA.—Quisiera quedarme sola para arreglar esto.

ARTURO.—Y ¿cómo quereis que me vaya? Eso seria tanto como mostrar que le temo.

ROSA.—¿Y si te provoca?

ARTURO.—Peor para él.

ROSA.—¿No temes?.....

ARTURO.—Mi derecho me inspira valor. Tendré mucho cuidado si llegase á provocarme de dejar que toda la culpa la tenga él y no yo.

ESCENA V.

Los mismos, Smoloff y dos convidados.

El lacayo les introduce y se retira llevándose el sombrero y paletó de Ernesto, que Juana dejó sobre la consola.

SMOLOFF.—¿Cómo vá, marqués..... Celebro vuestra actividad; bien se conoce que teneis presente lo que vale la aplicacion de la máxima que dice: «El tiempo es dinero.» ¿Quién es esta señora? (*Viendo á Rosa.*)

ARTURO.—¿Esta señora?.....

ROSA.—(*Interrumpiéndole.*) Soy la modista encargada de las donas, y ofrezco mis servicios al señor baron para la primera ocasion que necesite una canastilla ó un traje de lujo para obsequiar.

SMOLOFF.—¡Hola! ¡me conoceis!

ROSA.—Es obligacion de mi oficio el conocer á todos los que descuellen por su lujo y elegancia. (*Hace una reverencia y se aleja.*)

SMOLOFF.—(*A Arturo.*) Tiene mucho desparpajo la picaruela. Debe de haber sido muy hermosa en su juventud; pero ahora..... (*Viendo á Ernesto que le saluda.*) ¡Ah! perdon, señor conde; no os habia visto, y por cierto no esperaba tener el gusto de veros.

ERNESTO.—Me alegro que hallais venido; tengo necesidad de un testigo.

ROSA.—(De un testigo.)

SMOLOFF.—(*Bajo.*) ¿Vais á provocarle?

ERNESTO.—Al contrario, vengo á despedirme y quiero dar á todos los presentes las explicaciones mas satisfactorias. (*Alto.*)

SMOLOFF —Me alegro que así sea, porque por naturaleza soy amigo de la paz.

ARTURO.— (*A Rosa.*) (Ya ves, nada hay que temer, te puedes retirar sin cuidado.)

ROSA.—(¡Oh, no, necesito presenciarlo todo!)

ESCENA VI.

Los mismos, Platon y Juana.

ROSA.—(*A Juana.*) Señora condesa, he venido á recibir vuestras órdenes para los trajes.

JUANA.—Esperad.

ERNESTO.—(*A Platon.*) Espero que no tendreis á mal que me presente en vuestra casa antes de partir para dar las mas expresivas gracias á la señora condesa por sus bondades y cariñoso trato.

ROSA.—(*Con gozo.*) ¡Vá á partir!

PLATON.—Dádselas, haced cuanto querais.

JUANA.—Nada teneis que agradecermo y yo creo deberos dar mis escusas por lo que ne he podido hacer por vos.

ERNESTO.—No, señora. Ninguno tiene le culpa de lo que me ha pasado, y no me quejo de nadie puesto que solo debo mi desgracia á mí mismo.

ROSA.—¡Qué finura!

SMOLOFF.—(*En voz baja á Platon.*) Esto se llama perder como buen jugador.

PLATON.—(*A Smoloff.*) Y como buen caballero.

ERNESTO.—Quiso mi suerte que me encontrara con un rival poderoso, y no puedo menos que sucumbir en la lucha.

ARTURO.—(*Se separa del grupo en que estaba hablando.*) ¿Es esa una indirecta?

ERNESTO.—Al contrario, señor marqués, es la confesion de una verdad que desgraciadamente para mí es muy evidente y que solo vuestra modestia podria poner en duda.

ROSA.—(¿Hablará deveras?)

ERNESTO.—Yo no soy mas de un humilde labrador y la agricultura es un oficio de patanes. Vos ejerceis una de las profesiones mas altas y considerables en nuestra época.

PLATON.—¿Y el té no se toma? (*Juana hace sonar el timbre, el lacayo aparece en el fondo.*) El té y no olvideis el rhum! (*El lacayo se retira.*)

ARTURO.—¡Deciais!.....

ERNESTO.—¡Os interesa la conversacion segun creo!

ARTURO.—¡Oh! ¡mucho! Ibais á hablar de la literatura contemporánea.

ERNESTO.—En efecto.

ARTURO.—Y ¿no seria indiscrecion el preguntaros vuestra opinion sobre ella?

ERNESTO.—No, señor marqués. Yo no pertenezco al número de esos que admirando lo de antaño detractan lo de ahora. Cada época tiene sus exigencias morales, como cada clima las tiene físicas: admiro á los grandes génios que en otro tiempo ilustraron el nombre de mi país, lo mismo que aplaudo á los que hoy intentan elevarse al rango que ocupan en la historia de las artes ó las letras los hombres ilustres de otros siglos. Cualquiera que sea el partido á que pertenezca la escuela de cuyas aulas hayan salido, ó la bandera que defiendan, siempre les aplaudiré, con tal que trabajen de buena fé y honren al país que les vió nacer.

ARTURO.—Un escritor eminente nunca hubiera podido decir lo que vos. Me consideraria muy dichoso si escribiese como vos hablais.

ERNESTO.—El entusiasmo sincero siempre es elocuente.

SMOLOFF.—(*A Platon.*) Hé aquí un golpe bien parado.

PLATON.—(*A Smoloff.*) No comprendo bien.....

ROSA.—(Que es lo que vá á suceder aquí.) (*El lacayo aparece con una gran charola con servicio completo de té, que pone sobre la mesa.*)

SMOLOFF.—(*Aproximándose á Ernesto.*) En cuanto á gloria literaria, sois un fanático sublime.

ERNESTO.—Pero mi admiracion no me ciega, y sé muy bien distinguir entre los escritores públicos los que desempeñan lealmente ó abusan de su mision, porque en esta profesion hay hombres de buena fé y malvados.

ARTURO.—Como en todas.

ERNESTO.—En efecto, ¿no veis, por ejemplo, lo que sucede con la madera? Existe el árbol cuyas ramas nos prestan una sombra cariñosa en el verano y cuyo tronco ardiendo en nuestra chimenea, nos dá un calor bienhechor en el invierno; pero hay tambien el árbol que mata al desgraciado que se duerme bajo su ramaje. Así en el periodismo, existe el escritor leal, cuyas palabras son una leccion contínua, que hace de su vida un

ejemplo de moralidad y honradez, muriendo como buen soldado, abrazado de la bandera que defiende; pero hay tambien el aventurero literario que escribe sobre los acontecimientos segun sus mezquinas pasiones, que tiene por Dios el dinero y por musa á la envidia; que para consolarse de su escuridad, pretende ofuscar la gloria de otros, y se venga de su propia cobardía desprestigiando al heroismo desgraciado; que ha abierto una agencia pública de calumnias y se ha convertido en el detractor de todo lo grande y generoso. El talento del artista, la fortuna del banquero, la sublime utopía del idealista, el honor de los maridos y el pudor de las mujares, todo sive para saciar su devorante apetito. Y, señores, tened mucho cuidado, porque mi hombre, escondido tras de las columnas de su folletin, detiene á los que pasan con la pluma en una mano y el sombrero en la otra, gritando como el salteador: «La bolsa, ó la honra.» (*Movimiento general, Juana maquinalmente presenta una taza de té y en la que nadie repara.*)

ROSA.—(*Cojiendo la taza y dándosela á Arturo.*) Te está insultando. (*Bajo á Arturo.*)

ARTURO.— (*A Rosa.*) (Calma, si me mostrase enojado yo mismo me acusaba.)

SMOLOFF.--(*A Platon que se ha parado para tomar una taza de té y el frasco de rhum.*) E juego se complica.

PLATON.--(No he comprendido bien.) (*Vuelve á sentarse cerca de la chimenea.*)

ERNESTO.—(*Tomando una taza de té.*) ¿Qué decís, señor marqués?

ARTURO.— Que vuestros retratos no son muy halagadores.

ERNESTO.--Con tal que sean parecidos.

ARTURO.—Quisiera conocer los originales.

ERNESTO.—¿No os acordais de alguno?

ARTURO.—No, ¿y vos?

ERNESTO.--Amor propio de autor, direis; mas yo creo conocer á los que he querido pintar.

ARTURO.—Sus nombres.

ERNESTO.—En esto consiste la dificultad.

ARTURO.—¿Por qué?

ERNESTO.--Porque para nombrar á alguna persona, es necesario saber su nombre, y pasaberlo es indispensable que le tenga.

(*Rosa contiene á Arturo viniendo á quitarle la taza.*)

SMOLOFF.—(*A Platon.*) Ese es un tiro de puntería certera.

PLATON.—(*A Smoloff.*) ¿Hablan de Sebastopol?

ROSA.—(*Detrás del sillon de Juana á Juana en el oido.*) (Impide que haya una querella.)

JUANA.—(*A Rosa.*) (No puedo.)

ROSA.—(*A Juana.*) O ¿no quieres protejer á tu yerno?

JUANA.—(*A Rosa.*) Nada puedo sobre este jóven.

ROSA.—(A *Juana.*) Esta situacion es horrible.

JUANA.—(*A Rosa.*) Tú la has buscado.

ERNESTO.—(*Habia estado hablando en voz baja.*) De modo, que aquí puedo hablar sin temor. Los Rovenkine siempre vertieron su sangre con honra en las antiguas guerras de Ukrania.

PLATON.—¡Siempre vencieron!

ERNESTO.—Basilio Smoloff, combatió al lado de Ivan el Terrible en el sitio de Kasan. (*El baron se inclina respetuosamente.*) Entre los caballeros que acompañaron á Raymundo de Tolosa en la primera cruzada, iba un señor de Laverdac que fué de los mas arrojados en el sitio de Je-

rusalem; de ese supongo que desciende el señor marqués.

ARTURO.—Sois muy instruido, y en genealogías sois un portento, segun vemos.

ERNESTO.—De modo que los que estamos aquí, tenemos la sublime mision de conservar intacto el nombre ilustre que nos legaron nuestros padres. Mas por mi parte pienso, y creo lo mismo de vosotros, que si el destino hubiera querido que naciese en los rangos mas oscuros de la sociedad, jamás hubiera yo renegado de mi orígen, por humilde que fuese; nunca me hubiera avergonzado de la cuna tosca y desaliñada en que me dormia cuando niño y junto á la cual velaba mi madre tantas noches. El nombre de mis padres me hubiera sido sagrado, y si este nombre era honrado, mi único afan seria el de agregarle mayor esplendor; pero si al contrario era un nombre infamado, mis deseos serian el rehabilitarlo. Tal es mi opinion, ¿y la vuestra tambien, verdad, señores? Pero hay hombres cuya alma grande desprecian las preocupaciones del vulgo. Abandonan el hogar materno, echan en olvido

el nombro de sus padres y se fabrican uno en lugar de conquistarlo. Se apropian un título cuyo orígen está en la geografía ó en la historia, poco importa, y se pasean en el mundo como en el carnaval, disfrazados.

ROSA.—¡Esto es ya demasiado!

ERNESTO.—Y ¿con qué derecho os mezclais en la conversacion? ¿Estamos acaso en la antesala? (*Con mucha frialdad.*)

ARTURO.—¡Silencio! ¡Silencio!

ERNESTO.—(*Con mucha frialdad*) ¡La razon?

ARTURO.—¡Estais insultando á mi madre!

ERNESTO.—¡Al fin me comprendísteis?

ARTURO.—Si, gracias á lo que acabais de decir, conozco lo enorme de mi falta. ¡Perdon! ¡Perdon! ¡Madre mia!

ROSA.—¡Arturo! ¡hijo mio! ¿qué haces?

ARTURO.—Esta humillacion me está rehabilitando.

ERNESTO.—Teneis razon, y ahora ya os estimo lo bastante para cruzar mi espada con la vuestra.

ROSA.—(*Con voz ahogada.*) ¡Van á batirse, van á batirse!

ARTURO.—(*A Rosa en voz baja.* (¡Silencio, madre mia! ¡Silencio!) Poco me importará, señor conde, el morir con tal que al caer os

pueda atravesar el corazon! ¡Estoy á vuestras órdenes!

ERNESTO.—¡Vamos!

ROSA.—¡Arturo! ¡Arturo!

ARTURO.—¡Dejadme, no me detengais!

ROSA.—¡No te apartes de mí, detente. por piedad!

ARTURO.—(*Desprendiéndose*) ¡Adios!

ROSA.—¡Hijo mio! ¡Hijo mio!

JUANA.—¡Desdichada! (*En toda esta escena se oirán los ronquidos de Platon que se habrá dormido en el sillon, que le oculta completamente.*)

ESCENA VII.

Juana, Rosa y Platon

que estará sentado junto á la chimenea en un gran sillon, que lo oculta completamente.

ROSA.—¡Cielos, han partido!

JUANA.—Sí.

ROSA.—¿Se van á batir?

JUANA.—Sí.

ROSA.—¿Y tal vez morirá mi hijo?.....

JUANA.—Así lo espero.

ROSA.—¡Juana, ten piedad de mí!

JUANA.—Tú, ¿la tuviste?

ROSA.—¡Perdon! ¡perdon!

JUANA.—¡Ya es tarde!

ROSA.—¡No, aun es tiempo!

JUANA.—¿Qué dices? ¿quieres reparar el mal que has hecho?

ROSA.—¡Impide ese duelo y haré lo que quieras!

JUANA.—Es necesario entónces que renuncies á ese matrimonio, que tu hijo se aleje y que guardes el secreto de mi vida.

ROSA.—¡Todo lo haré! ¡pero impide ese duelo! ¡Impídelo, Juana!

JUANA.—¡Júrame!

ROSA.—Lo juro, ¡por la salvacion de mi hijo!.....

JUANA.—Voy á ver si puedo.....

ROSA.—¡Pronto, pronto, Juana; porque si sucumbe Arturo, mi venganza será terrible!...

JUANA.—¡Al momento, en ello vá la felicidad de mi hija!.....

ROSA.—¡Y la salvacion de mi hijo!..... (*Vánse.*)

ESCENA VIII.

Platon solo.

Suenan las doce en el reloj de la chimenea y se ven aparecer sobre el sillon, dos brazos que le estiran. Platon se levanta lentamente, se frota los ojos, mira hácia los lados, y consulta su reloj.

PLATON.—Las doce: voy á acostarme! ... (*Toma la botella de rhum, y se vá pausadamente por la puerta de la derecha.*

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO

La misma decoracion.—Es de dia.

ESCENA I.

Platon y el lacayo.

PLATON.—¿La condesa no ha llegado aun?

LACAYO.—Llegó cosa de las cuatro, pero volvió salir.

PLATON.—¿A qué horas.

LACAYO.—Antes que amaneciese.

PLATON.—¿A dónde se dirijió?

LACAYO.—La señora condesa dió órden al cochero que la condujese al bosque.

PLATON.—¿Qué bosque?

LACAYO.—Señor, en Paris, cuando se dice el bosque quiere decir bosque de Boloña.

PLATON.—¿Muy lejos?

LACAYO.—A una legua, señor conde. Por cierto que es muy grande y muy bonito; hay un lago natural y abastecido por medio de una bomba..... y unos pescados rojos que han sido muy bien educados en el colegio de Francia.

PLATON.—¿Pescados bien educados?

LACAYO.—A las mil maravillas: ¡si vierais! saben.....

PLATON.—¡Silencio!..... ¿Viste mi encargo?

LACAYO.—He ido al mejor depósito de vinos que hay en Paris, y allí.....

PLATON.—¿Qué has encontrado?

LACAYO.—Todo lo que querais, señor conde; coñac, Room! Chateau! Margot! Lafitte! Chartreuse! Mont-Camell! Vinos de España y aun de California, todo de la mejor calidad.

PLATON.—No hallo por cuál decirme.

LACAYO.—Los hay muy añejos.

PLATON.—¿Dices que hay de todas clases?

LACAYO.—De todas, señor conde?

PLATON.—Pues bien, tráeme dos botellas de..... cognac, ¿entiendes?

LACAYO.—Perfectamente.....

PLATON.—Otras de Chateau-Iquen, dos de Ruhum, otra de Chabertin, una de Rhin, dos de Sauterne; ¡anda y cumple al momento mis órdenes! ¡Retírate!

LACAYO.—Al instante, señor conde.

ESCENA II.

Platon y Cecilia.

PLATON.—Me aburre la reclusion en que se me tiene; no puedo sufrir por mas tiempo esta vida que la condesa me quiere imponer.....

CECILIA.—(*Sale y se dirije á Platon con paso vacilante.*) ¡Padre mio, sostenedme!

PLATON.—¿Qué teneis?

CECILIA.—Me siento morir.

PLATON.—¿Estás mala? Llamad á la camarera, no abandoneis el lecho.....

CECILIA.—Estoy llena de terror y desesperacion.

PLATON.—¿Por qué?

CECILIA.—Por mas que querais ocultármelo, lo sé todo.

PLATON. ¿Qué sabeis?

CECILIA.—Yo oí todo: sus amenazas! el desafio! oh! hubiera querido lanzarme entre los dos, para separarlos; pero la fuerza y la voz me faltaron, caí casi sin sentido, y cuando volví en mí, ya era tarde..... ¡ah! ¡qué noche, padre mio!

PLATON. ¿Con que escuchais tras de las puertas?..... ¡Hermosa accion, por vida mia!

CECILIA.—¡Perdon, padre! pero se trataba de mi felicidad, de mi vida que es la suya.

PLATON. Esas son necedades..... retiraos!

CECILIA.—Padre mio, ¿no teneis ni una palabra de consuelo para vuestra hija, ni una frase....

PLATON. ¡Nada!..... Id á vuestra habitacion, é implorad desde allí á la Providencia; id, os lo mando!

CECILIA.—Si al ménos mi madre estuviera aquí!...

PLATON. Ni un momento se me deja tranquilo. (*Ve al lacayo que lleva una bandeja con varias botellas y se lanza tras él; pero se encuentra con Juana, y queda un momento*

indeciso. Juana preocupada en sus ideas no repara en ninguno de los dos y vá á sentarse.) Señora condesa, he hecho lo posible por consolar á nuestra hija; mas no ha escuchado mis palabras. (*Se retira con el lacayo por la izquierda.*)

SECENA III.

Juana y Cecilia.

CECILIA.—¡Madre! ¿qué hay de nuevo? ¿qué sabes?

JUANA.—¡Nada!

CECILIA.—¡Nada!..... Es imposible. Tú me ocultas algo. Y ¿para qué ocultármelo si al fin lo he de saber? ¡Dime la verdad, madre mia! ¡Quiero saber la verdad! ¡Tenvalor!..... Habla, te lo suplico. ¡Por Dios, sácame de esta incertidumbre horrible!

JUANA.—No sé nada. He ido á su casa, á Boloña,

al campo de Marte, á Montmartre, ¡qué sé yo! He preguntado á la policía, á los transeuntes, á los cocheros y nadie les ha visto. Nada he podido averiguar.

CECILIA.—¡Oh! ¿qué haremos, madre mia, qué haremos?

JUANA.—Esperar, y rogar al cielo.....

CECILIA.—¡Dios mio, te ofrezco mi vida por la suya!

ESCENA IV.

Dichos y Ernesto.

ERNESTO.—(*Traerá vendado un brazo.*) ¡Cecilia! ¡condesa?

CECILIA.—¿Venís herido?

ERNESTO.—No es nada.

JUANA.—¿Y Arturo?

ERNESTO.—(*Con un acento triste.*) Lo han traspor-tado á su casa.

JUANA.—¿Su herida es grave?

ERNESTO.--Cuán horrible es pensar que se ha matado un hombre. (*Con acento temible*)

JUANA.—¿Muerto?

ERNESTO.—Sí; pero yo tenia que defender á la vez mi honor y vuestra libertad.

JUANA.—(*Despues de una pausa.*) Es necesario partir.

ERNESTO.—¡Partir!

JUANA.—Sin dilacion.

ERNESTO.--¿Para qué?

JUANA.—Para evitar los resultados.

ERNESTO.--Jamás he huido las consecuencias que mis acciones podrian traerme. Este duelo desgraciado, nadie mejor que vos sasabe que era necesario; y creo inútil el deciros que fué leal.

JUANA. Jamás he dudado de ello, y nada teneis que temer de la justicia ni de la opinion; mas un matrimonio verificado en tales circunstancias, daria que decir.....

ERNESTO.--Teneis razon y estoy á vuestras órdenes.

JUANA.—Gracias. (*Toca el timbre y aparece el lacayo con quien habla. Ernesto conversa en voz baja con Cecilia.* Dentro de dos horas partimos. No puedo recibir á na-

die lo entendeis?..... (*Aparece Rosa pálida en estremo, los brazos caidos y en la mayor afliccion; el lacayo al verla la quiere detener; pero Ernesto lo separa y le hace seña que se retire.*

ESCENA V.

Dichos y Rosa.

Rosa pasea lentamente sus miradas por la sala: mira á Cecilia con tristeza, á Juana con ira, y despues se fija en Ernesto, con una mirada de furor y de espanto; él baja la vista y retrocede algunos pasos; un momento despues prorumpe con un acento lleno de acerbo dolor.

JUANA.—¡Vedla! todo se ha perdido!

ROSA.—¡Veinte años de afanes, de caricias; diez de llorar su ausencia y esperar su vuelta; todo, todo lo he perdido! y ¿cuándo? ¡cuándo lo acababa de encontrar mas amante que nunca; cuando lo queria mas!..... Y pierdo todo en un instan-

te; su amor, su cariño, su vida..... Si le viérais sobre el lecho, pálido, ensangrentado, desfigurado; si le hubiéseis tocado como yo la herida, hubiéseis sentido correr la sangre. Aun está manchado mi pañuelo. (*Se lo muestra á Juana y lo cubre de besos.*) ¿No hay esperanza? preguntéle al médico, que bajó los ojos sin responderme, y entónces mi hijo me señaló el cielo con su moribunda mano. ¡Arturo! ¡hijo mio! esclamé ahogada por la desesperacion, ¡ya que no te puedo salvar, te vengaré!

JUANA.—Retírate, Cecilia; conde, retiraos.

ERNESTO.—Sosegaos, señora, dejadla que se queje, nada temais.

ROSA.—(*Continuando como si no hubiera oido nada.*) Y entónces, volviéndose á mí, exclamó: ¡Oh, no, madre mia! ¡no! Dios es justo, á él solo le toca vengar! Nosotros no debemos pensar mas que en el perdon, y el olvido del mal que se nos hace: debemos tan solo arrepentirnos..... ¡Vé, madre mia! vé, dí á mi adversario que le perdono, á la condesa que olvide mi conducta infame, y á Cecilia que ruegue por mí; que ruegue, sí, que Dios escu-

cha con amor las súplicas de los ángeles..... y casi al acabar, sonrió..... y luego..... luego..... ¡no pudo mas!..... ¡quedó muerto!

ERNESTO.—¡Infeliz! ¡me destroza el alma! (*Platon adentro canta desaforadamente.*)

(*Todos han oido la cancion con espanto y como horrorizados.*)

ROSA.—¿Quién canta?

JUANA.—(*Estupefacta.*) No lo sé. ¡Oh!

ROSA.—¡Ah! Tambien yo he cantado cuando lloraban otros. (*Se vuelve á oir la cancion de Platon, Juana entra precipitadamente en la pieza.*) Cecilia, rogareis, no es cierto; rogareis por él.

CECILIA.—Sí, os lo prometo.

ROSA.—¡Gracias, sois un ángel! Vos no teneis la culpa, nadie puede odiaros. Yo rogaré por vuestra felicidad; Dios me escuchará porque él siempre escucha al que se arrepiente. Abrazadme! no os avergonceis, abrazadme! (*La abraza Cecilia.*) ¡Ah! cuán dichosa es vuestra madre! (*Prorrumpe en un copioso llanto y se retira á pasos lentos sostenida por Cecilia, que llora tambien. Ernesto se sienta y oculta*

la cara entre sus manos. Se oye el ruido de cristales rotos y Platon sale completamente ébrio con una botella y un vaso en las manos. Juana hace esfuerzos vanos para detenerle.)

ESCENA VI.

Dichos y Platon.

PLATON.—¿Quereis dejarme?..... Por el Infierno entero, que si me encolerizo, vive el cielo qué!..... Y bien, ¿qué quereis? dejadme vivir á mi gusto: os he dado mi nombre, pero no mi libertad.

JUANA.—(*Hablándole con voz temible y baja*) ¡Reportáos, señor conde Rovenkine!

PLATON.—(*Desprendiéndose de ella.*) He cumplido con todas las condiciones del contrato; me portaré ceremoniosamente en sociedad; pero cuando esté solo, beberé, can-

taré!..... en fin, soy un hombre libre, ¿lo ois? ¡libre!

JUANA.—¡Por vuestra hija!

PLATON.—¡Por mi hija! ¿Quién, Cecilia? ¿Me tomais acaso por el príncipe Borís?

ERNESTO.—¿Y para esto he matado un hombre?

PLATON.—¿Habeis matado un hombre?..... já! já! já! ¡es chistoso!

JUANA. —¡Me he perdido! ¿Os vais? (*Viendo á Ernesto que se vá.*)

ERNESTO.—Nada tengo que hacer aquí.

JUANA—¿Nada decis?

ERNESTO.—Nada.

JUANA.—¡Cómo! y para ella ¿ni una palabra?

ERNESTO.—Una sola..... ¡Adios!

JUANA.—¿Ya no la amais?

ERNESTO.—¡Ah! si, como si acabase de morir!

JUANA.—Pero ella no es culpable.

ERNESTO.—¿Acaso lo soy yo?

JUANA.—¿Y por qué castigaros de un crímen que no habeis cometido ninguno de los dos?

ERNESTO.—Cierto; pero nunca mancharé el nombre de mi padre. Quiero ostentar mi frente limpia; arruinado, desesperado, nada me importa, siempre que pueda repetir esta frase sublime: «Todo lo he perdido ménos el honor.»

PLATON.—(*Repitiendo.*) ¡Todo lo he perdido, ménos el honor!..... já!..... já!..... já!.....

JUANA.—¡Oh! no, conde! por Dios! Teneos! perdon; que vuestra indignacion caiga sobre mí! ¡miradme llorar á vuestras plantas. Yo sola soy la culpable; pero ella, mi hija, mi adorada Cecilia, es inocente; no la mateis, vuestra ausencia seria su muerte, os ama, os adora.

ERNESTO.—¡Y yo á ella!

PLATON.—(*Se acerca á ellos.*) ¡Ah! ya comprendo! este quiere casarse con ella. Bien; pero el otro.

JUANA.—¡Murió!

PLATON.—¡Hola! ¡Magnífico! Todo se puede arreglar; siempre se dicen ciertas palabras para tranquilizar la conciencia; pero si la chica tiene dos millones, al fin se casan.....

ERNESTO.—(*Violentamente.*) Os engañais. Yo no vendo mi nombre, ni mi mano.

PLATON.—¡Yo no vendo mi nombre..... já..... já..... (*Coje el vaso, bebe y lo vuelve á dejar. Cecilia entra y se queda estupefacta, oyendo las últimas palabras de Ernesto*)

ESCENA VII.

Dichos y Cecilia.

Cecilia se coloca entre Juana y Ernesto, interrogándolos con la vista.

CECILIA.—¿Qué quereis decir?

ERNESTO.—¡Cecilia!..... ¡adios!

CECILIA.—¿Qué oigo?..... ¡adios!

ERNESTO.—¡Para siempre!

CECILIA.—¿Me abandonais?

ERNESTO.—Con el alma hecha pedazos.

CECILIA.—En la víspera de nuestra union me abandonais, Ernesto?

ERNESTO.—Mi honor lo exije.

CECILIA.—¿Qué he hecho yo?

ERNESTO.—¡Vos sois un ánjel, pero.....

CECILIA.—Mas entónces, ¿por qué esa separacion, ese abandono, por qué?

ERNESTO.—¿Por qué?..... preguntádselo á vuestra madre..... (*Váse casi sollozando.*)

JUANA.—No, hija mia, no me lo preguntes, no.

PLATON.—Yo no vendo..... já! já!.... mi nombre..... ¡Todo se ha perdido! ménos el honor. (*Bebe de nuevo.*)

JUANA.—¡Qué cruel castigo me has impuesto, Dios mio!

ESCENA VIII.

Dichos y el lacayo.

LACAYO.—Señora condesa.....

JUANA.—(*Interrumpiéndole.*) ¿Qué quereis? quién os ha llamado?

LACAYO.—Perdonad; pero han traido esta carta de la embajada, con el rubro de urgente.

PLATON.—(*Aparte.*) De la embajada.....

JUANA.—Dame.

CECILIA.—¿Qué es, madre mia?

JUANA.—¡Cielos! ¡qué veo! véte. (*Al lacayo.*) (*Pausa.*)

ESCENA IX.

Dichos, ménos el lacayo.

CECILIA.—¿Qué es, madre?

JUANA.—¡Oye! «Señora condesa: Me es muy penoso el tener que comunicaros las siguientes noticias que acabo de recibir de San Petersburgo y que he puesto al alcance del señor conde de Plougastel, por lo que pudiere convenirle. Se me dice que el príncipe Borís se hallaba comprometido en una especulacion que se hacia con los fondos del Czar, de cuyo patrimonio era administrador: habiéndose descubierto, ha sido condenado por S. M. á la pérdida de sus honores y empleos, enviándosele como simple soldado al ejército del Cáucaso y confiscándosele sus bienes, entre los cuales se han comprendido los dos millones que pusísteis bajo su cuidado.» ¡Todo á la vez! ¡Cuán horrible es mi castigo!

CECILIA.—Madre mia, no te entiendo.

JUANA.—Pues bien, estamos arruinados.

PLATON.—¿Y yo? (*Colocándose entre las dos.*)

JUANA.—(*Asombrada.*) ¿Vos?

PLATON.—Sí, yo. ¿No soy acaso vuestro marido y el padre reconocido de esta jóven? La familia es una gran cosa; si no, ved; cuando todo se conjura contra vos, ella os viene á consolar, y querais ó no ella permanece á vuestro lado. ¿Dijísteis que no os quedaba ni amigos ni apoyo? Pues bien, héme aquí; quiero haceros tan feliz como lo mereceis; es decir, como me habeis hecho á mí. Al instante id á arreglar el equipaje.....

JUANA.—¿Para ir a dónde?

PLATON.—¿A dónde ha de ser? A Ukrania.

JUANA.—¿Y hacer qué?

PLATON.—Lo que yo quiera, que bastante tiempo hace que no tengo ese gusto. ¡Vive el cielo que ya me cansé de ser el juguete de una aventurera francesa. ¡Yo, el descendiente de los Hetmans, de Ukrania, el sucesor de los Zapórogas, sirviendo de diversion á una.....

CECILIA.—¡Madre mia!

JUANA.—(*Ocultando á Cecilia entre sus brazos.*) ¡Señor!

PLATON.—¡Silencio! Quiero que se me obedezca sin chistar! Ya no existe ese príncipe con que se me metia miedo, y ántes de enviarme á la Siberia, seria preciso que viniese desde el Cáucaso, en cuyo camino se puede muy bien morir de hambre. temed mi venganza!.....

JUANA.—¿Vengaros de qué, de mis beneficios?

PLATON.—No, de mis afrentas.

JUANA.—Y ¿para qué aceptarlas?

PLATON.—Para volverlas; pero como se devuelve el dinero, con interés, ¿lo ois? Os tengo un ódio implacable y quiero probároslo. Quisieron daros un esposo y os dieron un tirano, un dueño. ¡Humíllate, Juana Lambert. (*Transicion.*) Estamos arruinados y no puedo pagar á criados extranjeros. Arreglad el equipaje, quiero partir al instante. (*Toma violentamente á Juana de la mano. Ernesto entra y se para en la puerta escuchando: trae una carta en la mano.*)

ESCENA X.

Dichos y Ernesto.

CECILIA.—¡Soltad á mi madre! ¡Soltadla!

PLATON.—¡Callaos! ¡qué acaso necesitais rogar por vos! Sois mi esclava, en tanto que no os dé al último de mis siervos.

JUANA.—Haced de mí lo que querais, mas respetad á mi hija.

PLATON.—¿Y quién se opondrá á que ejecute mi voluntad?

ERNESTO.—(*Adelantaudo y tomando á Cecilia de la mano.*) ¡Yo!

PLATON.—¡Vos! no dejo que nadie se interponga entre mi hija y yo!

ERNESTO.—¡Vuestra hija! (*Con desden.*) ¡Cecilia! ¿quereis ser mi esposa?

CECILIA.—¿Yo vuestra esposa?

ERNESTO.—Sí. Vos la habeis desconocido; la reclamo, y la adopto. (*A Platon.*)

CECILIA.—Pero hace un instante.....

ERNESTO.—Hace un instante érais rica, y ahora..... sois pobre, esta carta me lo ha dicho.

CECILIA.—¡Bendita sea mi pobreza!

ERNESTO.—¿Ireis conmigo á América?

CECILIA.—Sí, por todas partes.

PLATON.—(*Vá á sentarse en el sofá.*) ¡Buen viaje!

CECILIA.—¿Y mi madre?

JUANA.—Yo no. Deja, hija que se cumpla mi destino; quiero á fuerza de sufrimientos conquistar mi perdon.

ERNESTO.—
CECILIA.— } Pero.....

JUANA.—Ni una palabra mas, hijos mios. (*Volviéndose á Platon*) Señor conde, estoy dispuesta á hacer lo que gusteis. (*Telon rápido.*)

FIN DEL DRAMA.